La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 1.° de agosto de 1892 — Núm. 553

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Estudios para el cuadro BORIA AVALL, de D. Francisco Galofre Oller, que publicamos en la página 488

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Ravachol. – Sus contradicciones. – Sus pensamientos. – Tristezas del nihilismo. – Ravachol y Marat. – Medios ambientes respectivos de ambos. – Los últimos instantes de Ravachol. – El cielo. – La luna. – Telescopio proyectado para verla de cerca. – Estado del satélite según las observaciones recogidas por el saber contemporáneo. – Reacción religiosa. – El antisemitismo. – La Biblia y el Evangelio. – La fraternidad universal. – Conclusión.

I

No hay medio de sustraerse á la obsesión impuesta por el patíbulo, donde ha muerto Ravachol guillotinado. Las incidencias del proceso, en cuyas sirtes no ha querido que nadie le acompañara, callándose los cómplices como un muerto; las brusquedades violentas de sus múltiples saltos desde ternuras femeniles á cínicas brutalidades; el empeño en cohonestar los mayores crímenes con los mayores entusiasmos; la ostentación de ideas tan opuestas al sentido común, que sublevan la conciencia y el estómago, junto con cuidados y desvelos por la dolorida humanidad en una especie de hipnotismo cosmopolita; las atrocidades perpetradas como criminal y las efusiones sentidas como apóstol hanle tan extraordinario aspecto dado, que aparece por las largas interrupciones de todo instinto moral y por los encallecimientos de toda interna conciencia, unidos á cierto arte y á cierta metafísica, un monstruo aquejado de contradicciones absurdas y propio para con sus violencias en la complexión y carácter convertirse de asesino en mártir. Lo más curioso de los últimos instantes suyos ha sido la muestra dada en todas las conversaciones de que han generado en él tantos crímenes indecibles sus ideas erróneas. Ravachol se ha declarado en los diálogos con su confesor pura y simplemente darwinista. No comprendiendo cómo Darwin aplicaba el sistema suyo tan sólo al origen de las especies, sin querer extenderlo ni á la teología ni á la moral, hase con insistencia empeñado en que sobre la estrella Sirio como sobre la humilde luciérnaga reina el combate á muerte por la vida, sin más ley que una ley de guerra cruentísima y continua, por lo cual precisa remover todos los obstáculos y superarlos, aun á costa de sacrificar á nuestros semejantes y destruirlos. La inmolación de tantas gentes perpetrada por él no ha tenido más móvil y tampoco más objeto, no ha tenido más principio ni tampoco más finalidad que satisfacer un apetito cual pueda satisfacerlo en los desiertos el tigre ó en las alturas el milano. Así como éstos cuando ven un cordero ó un palomo á su alcance lo despedazan y se lo comen, ejerciendo sus más rudimentarios instintos sin que nadie les pida ninguna responsabilidad, Ravachol ha entre sus garras asido, ahora un ermitaño, ahora una mujer, ahora un pequeñuelo, y los ha exterminado, como puede engullirse cualquier alimaña feroz su requerida presa. ¿Qué hará la figura mecánica, tallada en la materia bruta, con el instinto por todo impulso y el apetito por todo aguijón, desheredada de idealidad y adscrita de continuo á la perpetua cárcel de un planeta, obscuro y nefasto como el nuestro, sino matar las más gente posible para morir lo menos pronto que se pueda en su combate cruentísimo por la duración de su vida? Cuando á todas las preguntas nuestras responde tan sólo el silencio eterno; cuando en la inmensidad reina el vacío únicamente; cuando no existe inteligencia superior que nos ilumine, ni hay compasiva misericordia que se apiade y compadezca de nuestras miserias; cuando venimos del ayuntamiento de las fieras y vamos á la nada perdurable, no puede uno vivir sino combatiendo y no se puede combatir sino matando. Religión venida de lo infinito como luz al sol superior; moral reguladora de nuestros actos; alma eterna, conciencia inextinguible, razón pura, Dios vivo; todo esto no es más que un eco sordo de nuestras palabras y de nuestras ideas, repetido como una repercusión del alma en los inmensos y solitarios espacios. Y lo maravilloso en este caso particular es la reaparición de un tipo como el tipo de Marat, dispuesto á matar los individuos uno á uno con el fin de redimir luego la especie humana toda entera. Pero el tipo de Marat surgía del medio ambiente que suele crear á un tiempo los grandes redentores con los grandes revolucionarios. Para mí el carácter excepcional en este anarquista dimana de que ha surgido sobre la calma de un gobierno libre, al amor de todos los derechos, bajo el cielo de un espíritu público sin tempestades, sobre una República serena y entre las huestes de nuestra democracia, la cual sabe cómo todos los individuos en ella disponen de sus propias facultades y el pueblo todo de la soberanía nacional. Creeríasele, al verlo tan desatentado en medio de una sociedad regularizada, león del Africa ó chacal de las Indias, que hubiera de pronto aparecido en nuestros climas dulces y sobre nuestras tierras cultivadas. Así las blasfemias que ha querido escupir al cielo en su agonía, como los consejos que ha querido dar á sus conciudadanos sobre las tablas del patíbulo, presentándose cual un ejemplar y modelo perfecto, únicamente han servido para despojarle hasta de la caridad natural que acompaña en este mundo á los más protervos seres, cuando han satisfecho á la justicia con una expiación verdadera y pagado con el castigo sus culpas. Muchas cosas habíanse dicho respecto de lo que sucedería en su ejecución. Como hay quien cree á los anarquistas muy capaces de llegar á brujas y en sombras convertirse y volar por los aires sobre una escoba y hender los espesos muros de una fortaleza, entrando en los calabozos cual pudieran almas en pena venidas del otro mundo á errar por éste, aguardaban muchos la suelta de Ravachol por los suyos, como si pudiese cualquier asociación inorgánica, mero aglomerado mecánico de fuerzas, combatir y asaltar así á la organización por excelencia de la sociedad, al Estado, inexpugnable por completo siempre que quiera defenderse. Los últimos instantes del anarquista no han ofrecido ningún otro particular interés que la perdurable disputa de éste con el confesor, en la cual ha dicho el condenado cuantas vulgaridades nihilistas y cuantas blasfemias groseras corren, como nauseabundos miasmas que hieden, por todos los sitios de infección y de peste. Dormía profundamente cuando han ido á buscarlo para conducirlo á la guillotina; y desde su calabozo á su patíbulo únicamente le ha embargado un pensamiento y un propósito: hablar al pueblo para decirle todo lo hecho por él en holocausto á su redención, cual si pudiera el redentor llamarse Barrabás y no Cristo. La fuerza, en cuyo imperio absoluto había creído siempre, le asió con violencia y le cortó la palabra, no sin que lograse lanzar, mezclado con el último resuello, como una especie de siniestro estertor, viva estentóreo á la terrible anarquía. ¡Parece imposible!: muchas gentes han respirado, pues lo creían verdadero núcleo de revolución mientras tuviese vida, y el sentimiento general ha manifestado su menosprecio por tal víctima, dejándolo caer en el olvido así que no podía ofrecer pasto á la insana curiosidad pública de nuestro tiempo, ni ser núcleo de las utopias y de los utopistas que sueñan en este período sereno de la geología social con imposibles catástrofes.

II

Dejemos estas miserias del bajo suelo nuestro y convirtamos los ojos á la inmensidad. En ella encontraremos, por esas serenas noches de verano, sobre nuestras frentes la blanca luna enviándonos melancólicos rayos suyos, semejantes á las tristezas de un amor sin esperanza y sin satisfacción. Nada tan poético en el mundo y por consecuencia nada tan explotado por la inspiración de los vates como esa gasa tenue de resplandor lunar que ciñe, á manera de sudario virginal, nuestra tierra y sugiere misteriosos ensueños á la fantasía, envolviéndola entre los tenues pliegues de sus opaladas vaguedades, parecidas á incierta penumbra y á blanquecino crepúsculo. Así aspiramos desde la niñez á subir hasta la luna y á tocar la luna. El profundo psicólogo Shakespeare, inmortal por haber en sus prototipos personificado el alma nuestra, une con el bello idilio del amor, que representan en el balcón de su palacio de Verona Julieta y Romeo, un rayo de luna y un arpegio de ruiseñor. Ir á la luna es el deseo y la ilusión de los niños. Pues bien: vamos á ir. No podrá nuestro cuerpo entrar en ella; pero la verán de muy cerca nuestros ojos. Hoy, ayudada por los telescopios de mayor alcance, la vista del hombre llega en sus escudriñamientos astronómicos á catorce leguas de la luna. Pues bien: dentro de ocho años, en la próxima Exposición de Francia, nos pondremos á un metro. El reflector ideado por sabio astrónomo francés y sometido en planos y en cálculos al Instituto de París en la seccion científica, promete fabricar una lente por tal manera poderosa en su alcance y tersísima en su superficie, que pueda llegar cerca, muy cerca del astro de la noche. Todos pueden verlo hasta con los instrumentos más ordinarios y vulgares. Todos pueden ver hoy mismo aquellas montañas parecidas á masas enormes de yeso, aisladas entre sí, conos truncados de volcanes fríos, proyectando junto á su nívea blancura sombras espesísimas de una noche verdadera y profunda. Pero nada más puede verse. Gran desgracia la desgracia de los terrícolas en sus relaciones con los otros astros hallarse desposados en la inmensidad á un cadáver, como se halla desposada también á la muerte la vida. Inútilmente nos devanamos los sesos para investigar si hay seres análogos á la especie humana en el seno de los planetas que acompañan dentro del sistema solar al planeta por nosotros habitado, inútilmente tal afán: esa luna es un vasto cementerio, sin agua, sin aire, sin flora, sin fauna, sin calor central, sin vida; un trozo de yeso arrojado sobre la cerradura por cuyos agujeros podríamos contemplar los mundos semejantes á éste y deducir algo de las misteriosas analogías que pudiera nuestra observación suministrarnos para sobre su serie lógica levantar alguna fundada y legítima deducción científica. Podrá llegar á un metro de la luna el reflector proyectado; pero cuando la veamos de más cerca, yo pregunto: ¿qué habremos aprendido en aquella terrible soledad y en aquel siniestro vacío?

III

Cuando notamos con qué lentitud camina la humanidad, no podemos desechar un tinte pesimista de nuestro espíritu atribulado. Creíamos el derecho humano de tal suerte ingerido en la sociedad, que ningún esfuerzo de reacción podría desvanecerlo, después que la conciencia del mundo cristiano lo proclama como axiomático y lo formulan en cánones indelebles las constituciones modernas. Creíamos que así las leyes como las costumbres dejarían al individuo entenderse con su Dios como le pluguiera y explicar los enigmas de su origen y de su destino por la filosofía ó por la religión más adaptables á las inteligencias y á los sentimientos respectivos de cada cual. Pero nos hemos equivocado. Las cenizas apagadas de los antiguos braseros se reaniman y las sombras nefastas de los inquisidores desaparecidos vuelven. Y si lo dudáis, dígalo el antisemitismo. No han bastado las calumnias de tanto periódico vociferador como sopla sobre los rescoldos del antiguo espíritu tolerante con el fin de ir poco á poco devorando la más preciosa libertad, la libertad de conciencia; no han bastado los duelos á muerte que se han sostenido en París últimamente, análogos al juicio de Dios en la Edad media; no han bastado los éxodos redivivos de los tiempos bíblicos y el espectáculo siniestro de un pueblo entero errante y disperso cual hemos visto en este nuestro tiempo á los judíos de Rusia; no ha bastado que surjan todas las supersticiones y resuciten todos los odios extintos: un tribunal de Tréveris acusa hoy al semitismo en uno de sus fieles por comedor de carne humana, cual espantoso caníbal, pues ha el reo asesinado un pequeñuelo para devorarlo, por lo menos, para con su sangre amasar el pan de los holocaustos hebreos. Parece imposible tal delación; pero es verdad. ¡Por los clavos de Cristo! Magistrados germánicos, esta triste acusación de comerse los niños crudos, ¿no la dirige toda secta vencedora en todos los tiempos á toda la secta vencida? Lo mismo, exactamente lo mismo decía la historia clásica de los primeros cristianos. El paganismo tomaba nuestra espiritual comunión como un acto de abominable antropofagía. Leed el diálogo de Luciano que se titula *Peregrino*, y veréis imputadas á los mártires de las Catacumbas cuantas abominaciones hoy se imputan á los judíos de las Sinagogas. Esa idea de que piden la muerte de un muchacho los ritos hebreos corría validísima en los tiempos evangélicos primeros con respecto á los ritos cristianos. En ella se arraigaron los odios medievales y á su conjuro se acometieron aquellas matanzas que han ensangrentado la historia universal y obscurecido la conciencia humana. Todavía por los frescos y tablas de las iglesias románicas se notan figuras de judíos acechando, astutos como zorras y crueles como tigres, los niños que pasan para echarles la zarpa en guisa de ogros, y lle-

várselos á sus zahurdas, y ya en las zahurdas, engullírselos con fiereza. Pero esta es una leyenda de odio que debía en los ánimos desvanecerse como se han desvanecido en el mundo la esclavitud, la picota, la Inquisición, tantos y tantos horrores. ¡Parece imposible!: á la religión, que acaso más contribuyera en los remotos siglos al destronamiento de los sacrificios humanos, se le imputa hoy su continuación en medio de la cultura universal. Hemos los hombres sido, ha sido nuestra especie toda, tan tardos en allegar y establecer el derecho, que los sacrificios humanos hubieron de perdurar por siglos incalculables y entre generaciones indecibles. La sumisión de Abraham cogiendo una cuchilla para inmolar bajo las ramas del sacro árbol y sobre las aras de cruento altar á su hijo Isaac, significa la continuidad del sacrificio humano en aquel tiempo de los nómadas, como la sustitución de un cabrito al muchacho significa el comienzo de holocaustos á Dios menos crueles y cruentos así que los nómadas se fijan en tribu patriarcal; como nuestro sacrificio de la misa, en que representa una hostia de harina y un cáliz de vino el cuerpo y la sangre de víctima cual Cristo, sólo quiere significar una cosa, cuánto se ha espiritualizado el holocausto en este nuestro dogma, llamado con fundamento la conjunción del humano espíritu con el espíritu divino. Mucho hemos progresado por la virtud y por la obra del Cristianismo; pero no desconozcamos, cuando el demonio de la intolerancia nos tiente, que ha precedido al Evangelio la Biblia y que ha resultado el mayor servicio hecho por Cristo y su sacrificio al hombre la reconciliación entre todos los pueblos y la fraternidad universal.

San Sebastián, 17 de julio de 1892


LA HIJA DEL COLONO, cuadro de D. Román Ribera

DIÁLOGOS MATRITENSES

CASA DE PRÉSTAMOS

– Amigo Matatías, aquí estoy yo.

– ¡Hola, Blasito! ¡Ya me extrañaba no verle por esta casa!

– Ese recuerdo me anonada y aniquila.

– Pues si yo decía ayer mirando el calendario: «estamos á 15 y aquel barbián aún no ha venido á empeñar nada. Qué, ¿le habrá salido la lotería?»

– No, señor; la lotería no me ha salido, lo que me ha salido es un flemón que me puso la cara que parecía un buniato.

– Eso será de alguna borrachera.

– ¡Hombre, cualquiera que le oiga á usted creerá que yo soy el dios Baco!

– El dios Baco no; pero el dios mosquito.

– ¡No hable usted de mosquitos, D. Matatías, que otro chupóptero mayor que usted es difícil que se encuentre en el globo!

– En fin, usted venía...

– ¡Toma, pues á lo de siempre, por dinero!

– Y qué trae de prenda.

– Lo que usted quiera.

– ¿Lo que yo quiera?

– Sí, porque todo lo que poseo lo llevo encima.

– ¿Y quiere usted mucho *parné*?

– Unos diez duros.

– ¡Caramba, diez duros!

– ¡No haga usted tantos aspavientos, que algo más vale mi persona! Cuando la quinta de Castelar, mi papá (que en paz descanse) pagó por mí quinientos duros.

– ¡Qué lástima!

– ¡Cómo lástima! ¡Pues me gusta la sin vergüenza!

– He querido decir que es lástima que esos pesos se los zampara el gobierno.

– ¡Ya! En síntesis, ¿quiere usted prestarme los doscientos reales sobre la capa?

– Es poco.

– ¡Pues si está nueva; me la hize el año pasado!

– Sí, pero tiene ahí delante una mancha que parece una plaza de toros.

– ¡Hombre, no exagere usted; cuatro gotas de café! Vamos, le daré á usted además esta sortija que me regaló hace unos días una hembra de pistón.

– Esos pistones son los que le traen á usted tan aperreado.

– ¿Qué hace?

– El brillantito no es gran cosa; pero en fin, por ser usted, que si no...

– ¡Judío, y gana usted el mil por uno!

– Ahí van los diez duros y la papeleta.

– ¡Corriente! Hasta fin de mes que volveré á desempeñar la capa, si hay dinero y... si hace frío, que si no, tampoco... ¡Abur!

– ¡Adiós, flamenco! (¡Ojalá no vuelvas nunca, que la sortija sólo ya vale doce duros lo menos!)

***

– ¿Es usted el dueño del establecimiento?

– Servidor de usted. ¿En qué puedo servirle?

– Yo soy Juan de Mena.

– No tengo el gusto de conocerle.

– ¡Hombre, pues es raro!; todos los periódicos hablaron de mí el mes pasado.

– Yo no leo periódicos, porque eso no deja ninguna utilidad.

– Pues bien: yo soy el poeta que se llevó el primer premio en el certamen floral de Sigüenza con la oda titulada *El vil metal*.

– ¡Por muchos años! ¿Y que el premio sería bueno?

– Mírelo usted: una lira de plata con una dedicatoria.

– ¡Huy, qué pequeño! ¡Si eso apenas pesará cuatro onzas!

– Estas cosas no se valúan al peso, señor mío, sino por la significación moral.

– ¡Bah! ¡Eso de la significación moral es una estafa!... Vaya usted á la plaza y verá...

– Para los espíritus mezquinos y materializados, esta lira no vale más...

– Lo más que se pueden dar dos duros.

– ¡Pero hombre! ¿Y la dedicatoria?

– Mire usted, señor poeta, eso es lo peor que tiene, porque sin ella se podría hacer un pesa-papeles, mientras así no sé quién ha de querer una lira de esa clase.

– ¡De modo que si yo quisiera empeñarla usted me daría sólo dos duros!

– Eso en el caso de que sea plata de ley.

– Pues qué, ¿había de ser plata Meneses?

– No lo tome usted á mal, pero en estas cosas de premios al talento ¡se da cada petardo!...

– Tiene usted mucha razón. Déme usted la papeleta y tome mi lira, que ya no me hace falta. Al paso que lleva el arte poético, es lo más prudente cambiar la lira por una guitarra.

—¡Una guitarra! ¿Y para qué?

– ¡Para pedir limosna!

***

– Muy buenos días tenga usted. ¿Es usted D. Matatías Buitre?

– El mismo.

– *Güeno*. Vengo de parte del *Chato*.

– ¡Ah, ya!

– Pues me envía...

– Aguarda un poco, que voy á cerrar la puerta, no entre alguien á estorbar.

– Traigo algunos chismes *pa* usted.

– Y ¿por qué no ha venido el *Chato* á traerlos?

– Eso quisiera él; pero... anda un poco huído.

– ¿Algún pinchazo?

– ¡Ca! No, señor; una mala voluntad; pero... todo se arreglará; *invidias* de cuatro *ranclas*.

– Y ¿qué es lo que traes?

– Un reloj de oro y unas alhajillas.

– Veamos.

– *¡Cuidiao*, que tiene usted aquí un capote que vale un Potosí!

– ¿Sí, eh?

– ¡Bien me lo podía usted regalar, que ando por ahí con esta capita que de puro vieja parece un cedazo!

– Y ¿qué te ha dicho el *Chato* que quiere por esto?

– Me ha dicho que lo último son cuarenta duros.

– ¡Cuarenta duros! ¡Qué atrocidad!

– Oiga usted, D. Matatías, ¿qué se figura usted que eso nos lo regalan á nosotros?

– No, hombre; ya sé que os cuesta vuestro trabajo.

– Sólo el reloj pesa diez y ocho adarmes de oro; conque saque usted la cuenta, y *aluego*, estas perlas á treinta reales cada una se pueden tomar, y estos rubíes también valen, y la pulsera...

– Sí, pero todo eso pierde mucho al deshacerse. En fin, ¿quieres treinta duros?

– No *pue* ser, D. Matatías, ¡si se pierde!

– Nada, nada, si no te conviene te vas con la música á otra parte.

– ¡Qué le hemos de hacer! Venga ese *jandé* y tome estas chilindrinas, pero con una condición.

– ¿Cuál?

– Que me dé usted el capote ese.
– ¡Pues hijo, hacía yo buen negocio! El capote ha estado empeñado en una onza.
– Ni tampoco en media.
– No te lo llevarás por diez duros.
– Porque usted se incomodará y armará una bronca, que si no, ya vería usted si me lo llevaba y... barato.
– Puede.
– En fin, déme usted veinticinco duros y el capote, que yo ya me arreglaré con el *Chato*.
– Toma y que os haga buen provecho.
– Estimando, D. Matatías, y mandar, que ya sabe usted que se le servirá si los del Orden no lo impiden.

***

– Pase usted adelante, señora, por aquí, por aquí.
– ¡Jesús, hijo, está esto tan obscuro que por poco me tira á pique ese caballero que salía!
– Y ¿usted venía á empeñar algo?
– No, señor; vengo á comprar si usted tiene lo que á mí me hace falta.
– Y ¿qué es ello, señora?
– Quisiera ver si tenía usted un abrigo de señora en buen uso.
– Aquí tiene usted uno de lo más superior, ha pertenecido á la marquesa de Casa-Chancleta, que sólo lo llevó una noche al baile de la embajada china y luego lo regaló á su doncella, que lo empeñó y se murió á los dos días.
– Pero ¿qué piel tan rara es esta que tiene en el cuello?
– Creo que es de ganso de la Australia.
– ¡Ay!, aquí tiene un zurcido.
– Eso no tiene nada de particular, porque muchas telas buenas salen de la fábrica con algún zurcido.
– Pues este es de padre y señor mío, y le quita valor á la prenda. Con permiso de usted voy á ponérmelo.
– Como usted guste.
– Un poco largo me está.
– Según para lo que sea, si es para ir en coche, aunque arrastre no importa.
– ¡Hijo, pues ni que fuera una la princesa *Micomicona* con la cola arrastrando! No pico tan alto, por más que mucha gente de la aristocracia me busca á todas horas, porque soy matrona para servir á usted.
– Muchas gracias; yo soy viudo hace muchos años.
– Y ¿qué vale este *carranclán*?
– Doce duros.
– ¡Mal fin tenga usted! ¡Doce duros! ¿Quiere usted tres?
– ¡Señora, pues ni que lo hubiera adquirido yo en Sierra-Morena con un trabuco en la mano!
– En Sierra-Morena no gastan estas cosas. ¿Quiere usted cuatro?
– Ni cinco.
– Pues buenas tardes; que después de todo, quién sabe esa marquesa lo que sería...
– Pues no era nada más que una señora como usted, pongo por caso. ¿Lo quiere usted en seis duros?
– No, señor; cuatro y una peseta.
– No se pondrá usted este abrigo.
– ¡No, señor, no me lo pondré; pero póngaselo usted, que estará muy guapo con él!
– ¡Señora!
– ¡Vaya, salud y expresiones!...
– ¿A quién?
– A la marquesa de Casa-Chancleta.

***

– A ver, usted, vengan todas estas prendas, que tengo prisa.
– ¡Hola, morenilla; estamos en fondos, según parece!
– Puede que sí.
– Ahora en seguida tendrá usted todos sus avíos. Pañuelo de crespón, colcha de punto, pulsera de plata, toquilla negra, pendientes de oro.
– ¿Cuánto me va usted á poner de réditos?
– Lo de costumbre, cinco por ciento mensual, no se puede menos.
– Bueno; pero me rebajará usted un par de meses.
– Si no se puede.
– ¡Y dale con el puede! ¡A que me voy y no desempeño nada!
– No sea usted tan súbita, rebajaré un mes.
– ¡Pues andandito, que me esperan abajo!
– ¿El cajero?
– ¿Y á usted qué le importa, viejo zorro?
– Aquí lo tiene usted todo: son cuatrocientos ochenta reales.
– Cambie usted estos billetes.
– ¡Caracoles con la niña, qué buen portamonedas!
– Así va el mundo, quien puede lo gasta.
– ¡Y viva el rumbo, salerosa, bonita!
– ¡Ay que sin vergüenza; si le oyera á usted el que está en la calle, menudo garrotazo se llevaba usted!
– ¡Caramba!
– ¡Y sin intereses, que es lo que usted no ha visto en toda su vida!

***

– ¿Por esta sábana no me da usted más que una peseta? ¡Si está nueva!
– Como usted no la va á sacar.
– ¿Usted qué sabe?
– Vaya si lo sé; eso se conoce en seguida.
– ¡Por el amor de Dios, que tengo mi marido enfermo y no tenemos ni luz siquiera!
– ¡He dicho que no y no! ¡Qué pesada es usted! Si quiere usted la deja, y si no, se va usted con la música á otra parte.
– Voy á ver si en otro sitio tienen mejores entrañas que usted, ¡mal hombre, usurero!
– ¡Vaya usted con mil demonios, vieja bruja! (¡Esto es lo que saca uno después de estar años y años haciendo favores al sesenta por ciento anual!)

A. DANVILA JALDERO

BORIA AVALL

CUADRO DE DON FRANCISCO GALOFRE Y OLLER

Hace algún tiempo, en los centros artísticos de esta capital se hablaba del cuadro que con destino á la Exposición internacional de Bellas Artes que próximamente ha de celebrarse en Madrid pintaba nuestro paisano el Sr. Galofre y Oller y el público aficionado sentía gran curiosidad por juzgar con sus propios ojos hasta qué punto quedarían justificados los elogios de los que lo conocían y el interés de los que ansiaban conocerlo.

La expectación era grande; el éxito fué tan grande, mayor si cabe, que la expectación. El Salón Parés fué el sitio escogido para la exposición de *Boria avall*, y justo es consignar que las condiciones en que el cuadro se expuso no podían ser mejores para que resaltaran todos los efectos de dibujo, colorido y perspectiva del grandioso lienzo.

Los periódicos dedicaron á éste alabanzas entusiastas, absolutas unos, con distingos otros, y el público comenzó á invadir el local, donde sólo por tandas era admitido; tanta fué la afluencia de gente que acudía á contemplar el cuadro, delante del cual desfilaron más de sesenta mil personas en los quince días en que estuvo expuesto.

La bondad de la obra parecía reconocida por la crítica y por el público, cuando un artista de gran talento y poeta de verdadero genio, el Sr. D. Apeles Mestres, publicó en el periódico de esta ciudad *La Vanguardia* tres artículos, de los cuales sólo el primero se refería directamente al asunto tratado en *Boria avall*, siendo los otros dos, según su propio título rezaba, una recopilación de interesantes datos sobre la manera de ejecutarse la justicia en Barcelona á principios del presente siglo: en aquél, que comenzaba calificando de notabilísimo el cuadro del Sr. Galofre y Oller, señalaba los defectos de bulto que desde el punto de vista histórico pudo observar en la pintura, valiéndose para ello de un medio indirecto, cual era el de describir cómo se aplicaba en Barcelona la pena de azotes ó se *passaba Boria avall*, frase con que vulgarmente se conocía tal castigo por ser la de la Boria una de las calles que necesariamente había de recorrer la triste comitiva. De esta descripción del Sr. Mestres resulta: que nunca se azotaba en la misma ocasión á hombres y á mujeres; que cuando se pasaba *Boria avall* á alguna de éstas no se la azotaba, se la sacaba á la vergüenza, «disfrazada de una manera ridícula con un ropón lleno de plumas y cintajos de todos los colores y cubierta la cabeza con la pintarrajeada coroza;» que no era el alguacil, sino el *estiracordetas* (ayudante del verdugo), quien en cada esquina leía la sentencia; que «ningún burrero se inmiscuía jamás en la comitiva; que jamás vióse fraile alguno pararse en la calle para verla pasar; que las calles se animaban como en día de fiesta, y que las tiendas y balcones se llenaban de gente, amiga de los que en tales calles vivían, lo mismo que para ver pasar alguna de las alegres procesiones de la octava de Corpus.»

Leyendo el resumen que dejamos hecho del artículo del Sr. Mestres y comparando con el cuadro de Galofre y Oller lo que de allí resulta, se observan desde luego los defectos capitales que en éste, á juicio de aquél, existen.

Aunque dados en forma suave, los azotes que el Sr. Mestres aplica al Sr. Galofre y Oller son bastante duros y no faltó quien los hallara injustificados. D. J. P. y F. (iniciales que harto claramente permiten adivinar el nombre de un distinguido abogado, escritor é historiógrafo catalán) salió en seguida á la defensa, también indirectamente, del pintor, demostrando con citas legales que en el siglo XVII se aplicaba á las mujeres la pena de azotes, que era muy distinta, por cierto, de la pena de *mitra* ó de *sacar á la vergüenza*, defensa que fué notablemente ampliada en la *Paráfrasis*, de D. J. M.ª Serraclara, quien después de afirmar que el «magistral» cuadro del Sr. Galofre y Oller reproduce una escena de los tiempos de Felipe IV (1621 á 1665) y no del primer tercio del siglo presente, como suponía el Sr. Mestres, rebate, con textos del derecho catalán á la vista, uno por uno los cargos por éste formulados.

Así había quedado la discusión, cuando desde las páginas del *Diario de Barcelona* dejó oir su autorizada voz en la polémica el ilustre escritor Sr. Mañé y Flaquer, el cual, tomando principalmente pie de los dos últimos artículos del Sr. Mestres, es decir, de aquellos en que se clamaba contra antiguas leyes, escribió un interesante trabajo, en forma de tres cartas dirigidas á D. José Yxart, excitando á éste á que interviniera en la discusión y lamentando que «talentos privilegiados, inteligencias cultivadas y espíritus que alardean de despreocupados,» como algunos de los que tomaron parte en la polémica producida por *Boria avall*, apelen «á los *clichés* que pretenden dar »solución definitiva y sencilla á un punto de cultura »social de los más complicados...»

No hemos de seguir al Sr. Mañé en este punto de vista de la cuestión, como no hemos seguido al señor Mestres en el de sus dos últimos artículos, porque uno y otro son completamente ajenos al cuadro de Galofre y Oller, y únicamente por lo que á éste se refiere consignaremos que en nuestro sentir está en lo justo cuando censurando todos los exclusivismos de escuela y aun aceptando las razones históricas con que el Sr. Mestres arremetió contra *Boria avall*, dice: «A mi juicio, el pintor no se propuso »pintar la pena de azotes del tiempo de Felipe IV, ni »la de ninguna otra época determinada: escogió el »asunto por suponer con buena intuición que se »prestaba á un cuadro de efecto, y después de representar los principales elementos comunes á todas »las épocas, dió realce é interés á la pintura echando »mano de accesorios que le aconsejaba su ingenio »de artista.» Y añade luego: «En no tratándose de »alteraciones que cambien el carácter de la escena ó »de la época que se desea representar, que desnaturalicen un tipo, un carácter, una situación, se está »en el caso de acogerse al precepto de Horacio, por »el cual se permite á los pintores y á los poetas el »libre, aunque discreto uso de su inventiva.»

El eminente crítico D. José Yxart no podía permanecer sordo á la excitación que el Sr. Mañé le dirigía, y en efecto, ha publicado ya el primero de los artículos que se propone dedicar á este asunto (1); mas como en él sólo plantea la cuestión que se propone tratar, y cuya resolución ha de venir en otro, no publicado todavía, nada podemos decir, por más que ya se presiente cuál ha de ser, acerca del juicio que la obra tan traída y llevada le merece.

Tal es á grandes rasgos trazada la discusión de que ha sido objeto *Boria avall*, y en la cual, en nuestro sentir, se ha llegado tan lejos, que al final de ella apenas se vislumbra la relación que existe entre lo escrito y lo pintado.

No queremos deducir consecuencias de cuanto en pro ó en contra de la obra se ha dicho; y como este artículo está compuesto de retazos, le pondremos término con uno más, que tomamos de una de las crónicas semanales que en *La Vanguardia* publica el distinguido escritor Sr. Roca y Roca y que á nuestro modo de ver resume la cuestión tan debatida. Dice así:

«Galofre Oller puede envanecerse del triunfo »alcanzado. Podrá discutirse su cuadro en punto á »sus condiciones pictóricas y á su mayor ó menor »exactitud histórica, buscándole pelos y reparos más »ó menos fundados; lo que no podrá negarse por »nadie es el éxito que ha tenido, un éxito popular »cual no lo haya alcanzado hasta ahora ni lo alcance »quizás en mucho tiempo otro cuadro alguno.» – A.

(1) LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ofreció sus columnas al Sr. Yxart para que desde ellas contestara al Sr. Mañé y Flaquer; pero nuestro querido y distinguido colaborador creyó, por razones justísimas que respetamos y apreciamos en lo que valen, que debía terciar en la polémica desde las del periódico *La Vanguardia*, que la inició.



DESAFIANDO EL SOL, cuadro de **C. Girón**, grabado por **Baude** (Salón de París)

SECCIÓN AMERICANA

UTSPA-LLACTA (TIERRA DE CENIZAS)

(Continuación)

Brillaba el talento en aquella mirada penetrante y escudriñadora, la dulzura en la serenidad de su frente sin pliegues y el respeto amoroso en sus correctos modales, que respiraban toda la elegancia y distinción del hombre culto y apasionado.

– Rosa mía, ¿has recordado entre aquellas nubes de incienso al pobre *cholo* que te miraba con los ojos del alma?

– ¡Pues no había de recordarte! ¡No te digo que ninguno de los que me rodeaban servía para tenerte el estribo! Marchémonos cuanto antes.

– ¡Rosa!

– ¿Qué? ¡Tonto!, dijo la joven echándole los brazos al cuello y juntando su cara con la de él.

– Mira qué bonito grupo, añadió fijándose en la luna del armario: siento que no hayas venido antes para ver el efecto de tu poncho con mi traje de baile; ¡qué bonito! ¿No? Seguramente que te hubiera inspirado una de tus mejores poesías. Pero no me quedo sin ella. Te prometo llamarte para que abrazados nos contemplemos en el espejo cuando vuelva á vestirme de baile. ¿Quieres?

– ¡Hermosa! ¡Idolo de mi alma! He sufrido mucho esta noche, ¿sabes?, mucho. Creí que me olvidabas. Si alguna vez lo piensas, mátame primero; que yo no lo sepa.

– ¡Ay, *cholito*, cuánto disparate! Vámonos, vámonos; tengo deseos de galopar. Y dió unos cuantos besos á Joaquín, que la estrechó entre sus brazos con frenesí.

– Si me vieran ahora los necios que me juzgan de hielo, ¿qué dirían?

– Que eras la más hermosa, la más enamorada de las hijas del Misti.

– ¡Ves! Estas cosas lindas no las dicen esos *tontainas* de frac estirado. ¡Vamos, vamos!

* * *

Julio Lezcano fué al siguiente día, como había prometido, á visitar á la señora de Guaqui. Apenas llegado preguntó por *Tristura*; cuando se presentó éste dirigióse á él con los brazos abiertos: el indio los aceptó con dignidad y respeto, pero sin efusión. Julio quedó sorprendido. *Tristura* no era el indio que había conocido; era el caballero de tez trigueña, con el trigueño tostado de los quichuas, y no pudo menos de pensar que era demasiado buen mozo y elegante para mayordomo de una joven hermosa. Mas era indio, indio de pura raza,.. y claro estaba que ni él osaría levantar los ojos hasta su ama ni ésta se denigraría bajándolos...

Joaquín miraba á Julio con prevención, pero le era simpático. No se parecía á sus padres ni á otros jóvenes de su clase; lo trataba de igual á igual, se cogía de su brazo, le hablaba de Europa, le ofrecía cigarros como á un camarada y había llegado á suplicarle que le concediese el favor de acompañarlo en varias excursiones campestres para departir amigablemente de lo que en el Perú ocurriera durante su ausencia. Quería enterarse de todo; la política, el movimiento literario, cuanto le era desconocido de su patria le importaba, y nadie como Joaquín para ponerlo al corriente. Era medio poeta, medio político, medio escritor... Decididamente lo embargaría muchas tardes.

Las visitas de Julio á Utspa-Llacta menudeaban, llenando á sus padres y á la señora de Guaqui de contento.

Juana Rosa no estaba tan satisfecha; Julio daba señales de ir á visitarla más por el indio Joaquín que por ella, y decidió poner término á las visitas. Habló de trasladarse á su casa de Arequipa.

La tarde que lo insinuó tuvo que arrimarse el pobre mayordomo á la pared para no caer desplomado. Se marcharían y ya no podría tener con ella horas de íntima dulzura; ya no sería suya, sería de la sociedad en la cual no tenía entrada, por su color, por su condición, por su pobreza. Aquella noche le dijo Chucha que la *niña* tenía dolor de cabeza y que tomaría el te en su cuarto. A Joaquín le pareció un desierto el comedor. Sorbió el te contestando melancólicamente á las preguntas que le hacía la *patrona*.

– ¿Qué te parece el *niño* de Lezcano, Joaquín?, dijo la señora de Guaqui, llevando á los la bios la taza.

– Bien, señora.

– Es un *mozo* que vale, ¿verdad?

– Sí, señora, vale mucho.

– Me alegro que te guste y no me alegro menos de que él te distinga con tantas deferencias; sabes que te quiero como si fueras mi hijo, y toda persona que deje de mirarte con el cariño que yo te miro me es antipática.

– El *niño* Julio me hace el favor de llamarme su amigo; jamás olvidaré sus bondades.

– ¡Que alegría me das hablando así, Joaquinito! Tenía yo mis recelos, y la verdad, daba mil vueltas á la cabeza para conciliarlo todo, porque eso no, separarme de ti no quiero entretanto viva.

– ¿Quién habla de separarnos?

– Me parecía que si venía á casa un amo que no te gustase, acaso no quisieses...

Un rayo que hubiera caído á los pies del indio no le habría hecho peor efecto. Lo comprendió todo: se trataba de casar á Juana Rosa, de casarla con Julio; y él, pobre infeliz paria, no era quién para impedirlo; no era nadie, menos que nadie; era de la raza esclava, tan distante de las aristocráticas ínfulas de los Guaquis y Lezcanos, como de una reina inglesa podía estar el último de sus súbditos. Sintió ganas de llorar; la rabia le ahogaba.

– ¿Qué dices, hijo? ¿No me has comprendido?

– No, señora.

– Pues quería hablarte del matrimonio de Juana Rosa con Julio: sus padres y yo lo tenemos proyectado hace mucho tiempo; antes que él viniese, ¡ya lo creo!; por eso me alegraba tanto cuando mi hija despachaba con viento fresco á sus innumerables pretendientes. Ha sido una suerte que no le entre ninguno por el ojito derecho. ¿Verdad, Joaquín?

– Sí, señora.

El indio sentía unas ganas furiosas de preguntar si Juana Rosa sabía algo de aquel plan, si lo aceptaba. ¡Aceptarlo! ¡Quia! ¡Imposible! ¡Si lo amaba á él! ¿No se lo había probado mil veces? ¿No era suya? ¿No los había despreciado á todos? ¿No vivía en Utspa-Llacta por tenerle más cerca, por estar á su lado siempre?... Se atormentaba sin motivo. Juana Rosa no aceptaría aquel matrimonio; ya encontraría medios para disculparse.

– ¿Conque te parecerá bien un amo tan bueno como el *niño* Julio?

– Sí, señora; lo que usted diga me parecerá bien siempre.

– ¡Vaya, pues me alegro mucho, muchísimo! Anda dame el brazo, hijo; me voy á la cama. Cuando no está esa diabla de Juana Rosa, parece que estamos en un cementerio. ¿Qué idea le ha dado ahora de volverse á Arequipa? No me gusta mucho; pero en fin, no es de mal augurio: me parece que quiere estar cerca de Julito.

Joaquín se mordió los labios.

– ¿Y crees tú que él está enamorado?

– No puedo creerlo: yo no he notado cosa alguna.

– Yo tampoco: parece un poco frío; pero su madre me ha dicho que está conforme en ser mi yerno; lo demás ya lo hará Juana Rosa: sería el primero que no se volviese loco por ella, ¿no es cierto?

– Sí, señora.

– Buenas noches, hijo; ya está aquí Manuela, ya no te necesito; hasta mañana. Mira, dile á Chucha que se acueste en el cuarto de la *niña* por si la ocurre algo.

– Buenas noches, señora; se lo diré ahora mismo.

Salió Joaquín á escape: necesitaba ver á la camarera de Juana Rosa; quería hablar á ésta antes de la hora acostumbrada; se volvía loco, loco sin remedio. ¡Casarse su amada! No podía ser: ella no lo consentiría: lo amaba á él, sí, estaba seguro. ¿Cómo podía dudarlo?

Buscó á Chucha.

– Dile á la *niña* que necesito hablarle pronto, muy pronto, que me estoy muriendo de ansiedad y de pena. La señora ya se ha retirado.

– La *niña* no está buena y me ha dicho que no vengas esta noche.

– ¡Por Dios, Chucha, díselo: ella no sabe cuánto sufro: quiero verla!

– Me ha dicho que no.

– Pero yo digo que sí.

Y Joaquín se dirigió con rabia á las habitaciones de su amada, sin cuidarse del sigilo, ni de que no lo advirtiesen los demás criados.

Empujó la puerta del dormitorio y entró creyendo encontrar á Juana Rosa en el lecho, pero estaba recostada en un sofá y tenía la taza del te cerca de sí sobre un velador chino.

– ¿Qué es esto?, preguntó incorporándose malhumorada. ¿Por qué mueves semejante *escandalera*? ¿No te han dicho que me duele la cabeza?

– ¡Rosa, Rosa de mi alma!, dijo el indio sin contestar á las preguntas, arrodillándose á su lado y cubriéndola de besos, ¿no es cierto? ¿Verdad que no es cierto? ¿Verdad que me amas á mí, á mí solo y que no te casarás ni ahora ni nunca?

– ¡Ja! ¡ja! Vaya, ¿te han traído ya la nocicia? Tranquilízate *cholito*. ¡Vamos!, te perdono el susto que me has dado y me alegro que no hayas obedecido mis órdenes. ¿Has tomado el te? ¿Quieres que te traigan otra taza? ¿No? Pues bebe un sorbito de la mía; me sabrá mejor.

– ¡Rosa! ¡Mi alma! Mátame, pero no dejes de amarme.

– ¡Tonto! ¡Cándido! ¿Quién ha dicho que deje de amarte?

– ¿Te resistirás á casarte con Julio?

– ¡Resistirme! ¡Qué sé yo!... Tal vez no pueda; maliciarían, y entonces...

– ¿Qué dices? ¿Dudas? ¿Encuentras posible ser de otro viviendo yo? ¿Supones que podré soportar semejantes torturas?

– Vamos, *cholito*, no seas tonto. ¿Crees tú que podremos estar así mucho tiempo? Alguna vez había de ser; hace cuatro años que te quiero, que te adoro, que me has enloquecido... ¿Te acuerdas cómo fué? Yo sí que me acuerdo.

– ¡Te he adorado siempre, Rosa mía!

– Pues yo á ti no; te iba queriendo poco á poco: me gustaba pasear á caballo contigo, te miraba con el rabillo del ojo y te encontraba muy buen mozo; cuando haces caracolear al caballo estás seductor. ¡Dame un beso! ¿Ves cómo te quiero? ¡Me decías versos! Creo que me has leído cuantos renglones desiguales se han publicado en castellano y en francés: otras veces los componías para mí: me acuerdo de unos, ¡qué bonitos! Estaba yo en la hamaca, Te sentaste á mi lado; tenías un papel en la mano y yo una rosa blanca en la cabeza; hacía que cerraba los ojos, pero te veía; te encontraba interesante con aquel aire melancólico... eras *Tristura* de veras; siempre macilento, siempre serio, no te reías nunca.

– ¡Te adoraba!

– Creíste que dormía y me mirabas con tus ojos fijos en los míos; yo me estremecí; de buena gana te hubiera comido á besos. Hice que me despertaba y que me sorprendía de verte. «¿Qué tienes ahí?, te pregunté. – Unos versos, me contestaste. – Leémelos. ¿De quién son? – De autor anónimo. – ¿Y á quién los dedica? – A una mujer amada. – ¡A ver, á ver!» Comenzaste á leerlos: te los sabías de memoria, porque me mirabas y leías: «Quisiera ser el aura que agita tus cabellos – y acariciar las crenchas que arrancan de tu sien; – quisiera ser la rosa que está prendida en ellos...» No te dejé continuar. «¿Son para mí?, te pregunté. – Lo parecen, me contestaste. – Vamos á pasear á caballo, dije, acabarás de leérmelos en el campo.» Y salimos; ¿te acuerdas?

– ¡Oh, Rosa! Sí, sí; te veo todavía clavada en la silla; hacías caracolear al arrogante bruto, con el largo ropón y tus negras trenzas á merced del viento, que caprichosamente jugaba con ellas; cabalgabas, mujer idolatrada, á mi derecha, mostrando como nunca sonrisas alegres y despidiendo rayos de tus ojos traidores: pusimos los caballos emparejados y al paso; te acercaste mucho, mucho; cogiste mi mano derecha con la izquierda tuya, y así caminamos unidos sabe Dios cuánto tiempo, acariciándome tú con la mirada y besándote yo con la mía: me pareció que te electrizaba, porque abandonándote á un dominio dulce, acercaste más tu caballo, que se pegó al mío como si obedeciese á la sugestión de nuestros deseos. Llevabas el sombrerito echado atrás y por tu hermosa frente caían dos mechoncitos de cabellos ensortijados; te inclinaste hacia mí y los besé sin tocarlos; sentiste el ruido del beso y levantaste los párpados. «Joaquín, me dijiste, ¿son para mí los versos? – Sí, te contesté. – ¿Quién me los ha escrito? – Un hombre que te adora.» Te inclinaste más hasta apoyar tu cabeza en mi hombro: yo creí morir. Se me nubló la vista; no veía sino albores color de rosa en la atmósfera: estaba en el cielo; no, en el cielo no deben ser tan felices los ángeles. Rodeé tu cintura atrayéndote más y te estremeciste: «¡Rosa!, ¡Rosa!,» te dije con amor infinito. «¿Quién es el poeta que me adora? ¿Lo conoces?,» me preguntaste.

– ¿Y qué me contestaste? ¡Nada! Por toda respuesta me diste un millón de besos traidores que yo no pude esquivar porque tampoco estaba en el mundo: volaba por otros espacios llenos de luz brillantísima y cerraba los ojos deslumbrada. De pronto se juntaron nuestros labios: ¿lo recuerdas, Joaquín? Así: ¿ves?, así... y no sé más.

– Yo sí lo sé: te separaste bruscamente de mí, sacudiste un latigazo al caballo y saliste á galope sin querer detenerte. Cuando llegué á la hacienda ya estabas en tu cuarto. También yo me fuí al mío: necesitaba estar solo y saborear la dicha de haber tocado tus labios con los míos. La reacción no se hizo esperar: caí del cielo á la tierra. ¿Quién era yo? Un desgraciado, un indio: maldije mil veces la educación que me dieron. ¿Por qué habían despertado mi corazón y mi mente si no habían podido borrar las huellas

de mi origen? Lloré, lloré muchísimo. Creí que me amabas, pero sabía que no querrías ser mi esposa y que yo no te lo propondría jamás.. No pude ir al comedor, estaba enfermo; tenía fiebre: tu madre fué á verme, tú no. ¡Qué pena tan horrible, qué insomnios!: yo estaba vestido sobre la cama: á las doce llegó Chucha: «Ven, me dijo, la *niña* te llama.» Dí un salto, espantado; me parecía mentira. ¿Estaría soñando? Me llamabas, sí; era verdad.

– Tampoco yo podía dormir: me acosté pensando en ti: me dabas lástima; estabas enfermo... y viendo que no conciliaba el sueño me levanté á llamar á Chucha para que fuese á buscarte. Me parecía que hablando un rato contigo, podría dormir después. Vamos, dime ahora lo que sentiste al entrar en mi cuarto.

– ¿Lo que sentí? ¡No sé! Lo que al día siguiente y al otro y al otro y ahora mismo que te estrecho entre mis brazos: que te adoro, que me muero por ti y que me vuelvo loco pensando que puedas dejar de amarme.

– ¡No digas tonterías, Joaquín! Yo no quiero á nadie más que á ti; pero nosotros no podemos casarnos.

El indio escondió la cara en el pecho de Juana Rosa y comenzó á sollozar.

– Eso es, aflígeme ahora. Pues si esto ya lo sabes: ¿no lo acabas de decir tú mismo? ¿Hemos hablado alguna vez de semejante cosa? No, porque los absurdos deben descartarse hasta del amor. ¿Te amo yo menos porque no seas igual mío? Tú me enamoras, tú me seduces, á tu lado siento lo que ningún hombre me inspira, y es porque los otros no son apasionados como tú lo eres, no se me entregan como tú te me entregas, ni me enloquecen como me enloqueces; en una palabra, no saben amar; no tienen como tú tienes fuego en las venas y fuego en el alma y lava en el cerebro. No has oído que me llaman la *niña de nieve*. ¿Y crees tú que lo soy?

– ¡Oh, no! Eres la criatura más hermosa y apasionada que existe.

– Para ti, para los demás soy de hielo; tienen razón.

– ¡Para Julio, sin embargo!...

– Julio es un buen muchacho; vale más que los otros; pero esto no quiere decir que me interese.

– No te casarás, ¿verdad?, no te casarás.

– ¡Vuelta con la tontería! ¿Y qué si me casara? Mira, si me caso qué importa: la fruta prohibida dicen que es la mejor: no te acuerdas de aquellos versos que me recitabas... ¿de quién?, ¿de quién?... aquellos que dicen: – «Flérida para mí dulce y sabrosa – más que la fruta del cercado ajeno...» Tenía razón, mucha razón el poeta; ya sabía lo que se pescaba. Si fuéramos marido y mujer no nos amaríamos así; tenlo por seguro.

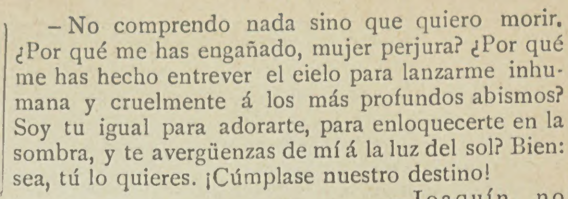
– No es necesario que lo seamos si no quieres; vivamos como hoy; amémonos en silencio, pero que no te vea yo en brazos de otro. ¡Rosa, Rosa mía!, me vuelvo loco y no respondo del porvenir.

– Bueno: quiere decir que no estás conforme con que yo te entregue mi amor todo entero; quieres que te sacrifique mi nombre, mi posición social, la obediencia que debo á mi madre... mi reputación, que andaría por las callejuelas si yo me negase á lo que tienen pactado Guaquis y Lezcanos. Eres demasiado egoísta, Joaquín. ¿Qué me ofreces tú en cambio?

El indio quedó anonadado. ¡Horrible verdad! ¿Qué podía ofrecer él á la señorita, á la niña mimada, á la hija de sus padres adoptivos? La vergüenza, la deshonra, el desprecio del mundo.

– ¿Comprendes que tengo razón?

PRIMAVERA DE LA VIDA, cuadro de V. Corcos



– No comprendo nada sino que quiero morir. ¿Por qué me has engañado, mujer perjura? ¿Por qué me has hecho entrever el cielo para lanzarme inhumana y cruelmente á los más profundos abismos? Soy tu igual para adorarte, para enloquecerte en la sombra, y te avergüenzas de mí á la luz del sol? Bien: sea, tú lo quieres. ¡Cúmplase nuestro destino!

– Joaquín, no seas tonto: te querré lo mismo: te querré más. Mira, después de un baile, de un banquete ó de un viaje durante los cuales me fastidie con la sociedad que me rodee, correré á refugiarme aquí, en tus brazos, entregándote las sonrisas y los amores que á todos, incluso á mi marido, habré negado. ¡Verás qué placer mil veces nuevo y renovado entre zozobras y temores! Esta vida ya se iba haciendo tonta... ¿Qué? ¿Te marchas?

– Sí: por última vez, Rosa, ¿te casarás?

– Ya que tomas ese tono dramático;... por última vez, Joaquín, me casaré.

– ¿Y no te aterra la idea de engañar á un hombre como Julio?

– Tampoco yo le preguntaré una palabra sobre su pasado: el uno por el otro.

– ¿Y si descubre el tuyo?

– Si tú no se lo dices, no lo descubrirá: además que no parece enamorado de mí; nos pagamos en la misma moneda.

– ¿Es decir, que mañana te marchas á Arequipa?

– Mañana.

– ¿Ya no volverás á Utspa-Llacta?

– Sí, á pasar contigo los primeros días de mi luna de miel.

– ¡Infame!, dijo el indio levantándose violentamente y saliendo del dormitorio sin escuchar á Juana Rosa, que pretendía detenerlo.

«Bien, pensó ésta cuando hubo quedado sola. Me dejará en paz hasta que me case, después ya le consolaré y volverá á ser mío; me adora; es imposible que resista mucho tiempo su enojo. ¡Valiente necedad hubiera sido desperdiciar esta ocasión! ¿Vivir siempre en Arequipa, y con escasas rentas? Merecería que me azotasen por tonta. Estoy enamorada de Joaquín; me seduce cuando me habla; tiene un no sé qué;... pero si fuese mi marido le aborrecería; para marido no sirve.»

Cuando al siguiente día se disponían á marchar, no parecía el mayordomo por ninguna parte: los criados dijeron que había salido á recorrer la hacienda. La señora extrañó mucho su conducta y le dejó recado de que le esperaba en la ciudad á la siguiente mañana.

En el momento de marchar y cuando ya estaban

SALÓN PARÉS, BARCELONA



BORIA AVALL (PENA DE AZOTES), cuadro de D. Francisco Galofre Oller



EXPOSICIÓN DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y BELLAS ARTES, EN SANTA CRUZ DE TENERIFE (CANARIAS)

1. Vinos y tabacos del país. – 2. Acto de presentar al pueblo la cruz de la conquista. – 3. Varias industrias. – 4. Kiosco de Anucas. Instalación de Anucas. – 5. Parque. Instalación de Historia Natural. – 6. Instalación de minerales y aguas. – 7. Ceremonia de la inauguración. – 8. Instalación de vinos y varias labores

(De fotografías remitidas por los Sres. D. Luís Ojeda Pérez y D. A. Delgado Yumar)

á caballo, se acercó un indio á Juana Rosa y le entregó un papel. Púsose lívida la joven al tomarlo; desdoblólo y leyó no sin sobresalto: «Utspa-Llacta, quiere decir *tierra de cenizas*. ¿Sabes por qué tu hacienda lleva este nombre?»

– Este Joaquín es el romántico más tonto que he conocido: ¿qué tendrán que ver ahora las cenizas ni la tierra con su majadería de escaparse para dar qué pensar á mamá?

Se pusieron en marcha.

La *niña de nieve* iba preocupada; antes de llegar á la población preguntó á su madre:

– ¿Por qué se llama *tierra de cenizas* el lugar de nuestra hacienda?

– Hija, no estoy muy enterada, porque la verdad es que la cosa no es muy honrosa que digamos; pero mi abuela decía que la suya había perecido achicharrada dentro de la primitiva casa.

– ¡Jesús! ¿Y por qué?

– ¡Cosas del diablo, hija! Un amante celoso,... no sé, el demonio que anda suelto la mayor parte del tiempo y se ocupa en echar borrones sobre las familias. ¡Vale Dios que eso ya pertenece á la tradición! No ha faltado un *chanfaina* de escritor que la ponga en solfa, no creas: por supuesto, ¡que si hubiera podido yo sacarle los ojos!...

Juana Rosa no dijo nada: pero sintió un desasosiego grandísimo. Felizmente á la noche ya se le había pasado, y bromeó de lo lindo con los muchos amigos y amigas que fueron á darle la bienvenida.

***

Hacía quince días que estaban en Arequipa y Joaquín no había hecho nada por hablar á Juana Rosa: dos veces estuviera á ver á la señora, pero no se quería quedar á comer ni menos pasar á las habitaciones de la *niña:* estará ocupada, decía, no quiero molestarla. La señora de Guaqui se asombró de su aspecto la primera vez que lo vió.

– ¿Pero qué tienes, hijo, estás malo? ¿Te pasa algo?

– Poca cosa: unas calenturas; no es nada; ya se pasarán.

– ¿Quieres venirte aquí para curarte?

– No, señora. El viento que las trajo se las llevará.

Juana Rosa preguntaba á Chucha por Joaquín.

– Parece un ánima en pena, *niña*, le contestó un día, aquel precisamente en que se celebraba un banquete seguido de la recepción en casa de la joven para firmar la escritura de esponsales.

– ¡Jesús, Chucha, no me asustes!

– Te digo la verdad, *niña;* está viejo y acabado, que no parece el mismo; á mí me causa miedo.

– Tengo deseos de verle, pero hasta que no me case no iré á Utspa-Llacta.

– ¿Pero irás?

– ¡Ya lo creo! Le he sacado á Julio la promesa de llevarme á Europa; y entretanto no marchemos, estaré en la hacienda.

– ¿Pero con el *niño?*

– Es claro: irá y vendrá...

– ¡Qué hermosa estás, *niña:* el traje *rizado* te sienta como ninguno: si ahora te viese Joaquín, sí que se volvería *pucuna* (loco).

– ¡Pobre Joaquín! Déjalo en paz; ya lo consolaré.

– Dime la verdad, *junguito* (corazoncito), ¿á cuál quieres más, al *niño* Julio ó al indio *Tristura?*

– A *Tristura* lo he querido mucho, y debo quererlo todavía porque me acuerdo de él; pero no quisiera verlo ahora. Julio es un gran partido; es el esposo que me conviene: ¿y querrás creer que tengo empeño en enamorarlo? No me ha dicho una palabra de amor, hablamos de nuestro matrimonio como de la cosa más natural del mundo; pero hace unos días que me mira de otro modo. Parece que le voy gustando. La misma indiferencia de él me intriga, y no sé si lo quiero ó es que tengo empeño en que me ame. Que me gusta no lo dudes; mal gusto tendría si no me gustara; pero lo encuentro frío... despegado... Veremos luego. ¡Como hace poco tiempo que nos tratamos!...

Eva Canel

(Concluirá)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El químico alemán Dr. Teodoro Wagener ha dejado á su muerte á la Galería Nacional de Berlín 1324 acuarelas y dibujos de artistas alemanes y extranjeros.

– En el último Salón de París han obtenido: Maignan la medalla de honor por su cuadro *Carpeaux*, Deully y Lynch medallas de primera clase por un *Orfeo* y una pintura decorativa respectivamente, y los escultores Barau, Soulis é Icard otras tantas medallas de primera clase.

– Bajo la dirección de los profesores Werner, Herter, Brauseweter, Scheurenburg, Friedrich, Thumann y Meyer, los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Berlín han verificado un viaje de estudio á Copenhague, habiendo sido muy agasajados por los artistas y aficionados daneses y hecho interesantes excursiones á Frederiksborg, Fredensborg, Kronborg y al Sund.

– Un generoso donador anónimo ha regalado al Estado francés el cuadro de Detaille *Salida de la guarnición de Huningen*, que es indudablemente una de las mejores obras que se han expuesto en el último salón de los Campos Elíseos de París. El documento de cesión exige terminantemente que el cuadro no salga del Museo del Luxemburgo, al cual está destinado, como no sea para pasar al del Louvre, sin que en ningún caso la Administración de Bellas Artes pueda sacarlo de uno de estos dos museos y quedando únicamente Detaille facultado para reproducirlo. Según ha manifestado Detaille, el mismo personaje anónimo quiso comprarle el año pasado, para el mismo objeto, su conocido cuadro *Carga del cuarto regimiento de húsares;* pero el pintor, no del todo satisfecho de esta obra, expresó el deseo de que en vez de ella le comprase la *Salida de la guarnición de Huningen*, en la cual estaba ya trabajando, deseo á que accedió el misterioso comprador.

– La ciudad de Saint-Brieuc (Francia) ha inaugurado recientemente un monumento dedicado á los bretones que murieron durante la guerra de 1870-1871: consiste en un monolito de granito azul, de cinco metros y medio de alto, delante del que está colocada sobre un pedestal la estatua en bronce de un guardia móvil herido: éste se lleva la mano derecha á la herida y con la izquierda sostiene aún vigorosamente la bandera nacional. El monumento es obra del arquitecto M. Rischmann, y la estatua, noble figura cuya actitud, ademán y expresión son dignos de todo elogio, es debida al escultor M. Pedro Ogé.

– En la sección egipcia del Museo de Berlín se han instalado los hallazgos y compras que de su último viaje á Egipto ha traído el profesor Brugsch. Hay entre estos objetos muchísimos que además del arqueológico tienen grande valor artístico, mereciendo citarse la cabeza de una estatua de un rey, la estatua de un príncipe del Faijum con un papiro arrollado y dos estatuas de funcionarios romanos ejecutadas en estilo greco-egipcio, dos momias con inscripciones griegas, dos retratos pintados en el sudario de los cadáveres, dos cabezas, una de hombre y otra de mujer, del período greco-romano, modeladas en arcilla, y algunos sudarios pintados con las figuras de los muertos entre divinidades egipcias.

– En la sección de Bellas Artes de la Exposición Italo-Americana recientemente inaugurada en Génova, sobresalen entre todas las demás obras expuestas tres cuadros del difunto Barabino, uno de los pintores más ilustres de la moderna escuela italiana. Son *La muerte de Carlos Manuel I*, *Las vísperas sicilianas* y *El triunfo de la ciencia:* el primero, el mejor de todos ellos y que no está terminado, representa al duque moribundo lujosamente vestido y con el collar de la Anunziata, sentado en un sillón donde acaban de administrarle los últimos sacramentos y rodeado de su familia, de su corte y de los sacerdotes. Este cuadro lo pintaba Barabino por encargo del rey Humberto. *Las vísperas sicilianas* es una composición tumultuosa, obra maestra de energía y de color: los combatientes forman un grupo agitadísimo, y en el fondo, tras una ligera niebla, extiéndese Palermo. En el tercero se ve á Dante, Maquiavelo, Flavio Gioja, Colón, Galileo, Volta y Watt iluminados por la luz de la Ciencia y sumidos en profundas meditaciones delante de libros ó aparatos científicos mientras la Ignorancia yace en tierra vencida por el Progreso.

Teatros. – La ópera *Melusine*, del príncipe Trubetzkoi, se estrenará en el teatro de la Gran Opera de París.

– Con ocasión del 500.º aniversario de la reunión de la Grande y Pequeña Basilea, la ciudad suiza de este nombre ha celebrado una serie de interesantes fiestas entre las cuales ha llamado la atención un espectáculo lírico, *Festspiel*, cuya representación se ha verificado al aire libre en un recinto que ha permitido á diez mil espectadores ver la función y abarcar con la vista el inmenso teatro donde se agrupaban mil doscientos actores y comparsas y maniobraban cómodamente sus caballos cuarenta jinetes. El argumento de este poema lírico, letra de M. Wackernagel y música de Hans Huber, está basado en una serie de hechos de la historia de aquella antigua ciudad, tales como la fundación de Basilea por el emperador Valentiniano en 374, la construcción del puente viejo del Rhin en 1225, la entrada de Rodolfo de Habsburgo en la Pequeña Basilea en 1285, y finalmente la batalla de Sempach, seguida de la unión en 1386 de las dos ciudades separadas por aquel río. «El momento más patético del espectáculo – dice un corresponsal de un periódico francés – fué el final del acto cuarto cuando, después de un coro cantado por mil personas, Suiza toma bajo su égida á Basilea, unida á la Pequeña Basilea, y cuando á los acordes de la orquesta, que ejecutaba el himno nacional suizo, se levantó el público en masa y veinte mil voces acompañaron este canto grave y melancólico que los ingleses han adoptado para el *God save the Queen*. En el mismo instante sonaron las salvas de artillería, y la muchedumbre continuó su himno patriótico.»

– Madame Rejane ha obtenido gran éxito en la Exposición internacional de Música y Teatros de Viena, donde recientemente ha representado *Froufrou*, *Ma Cousine*, *Decoré* y *Amoureuse*.

– Con la representación de *El crepúsculo de los dioses* ha terminado en el teatro Covent Garden, de Londres, la serie de representaciones en alemán de las óperas de Wagner.

Barcelona: En el teatro del Tívoli ha alcanzado extraordinario éxito la opereta *Miss Helyett*, arreglada á la escena española por D. Salvador M.ª Granés. La música, del maestro Audran, es bellísima, digna del autor de *La Mascota* y justifica la acogida entusiasta que le dispensó el público de París, en donde se ha representado dos años seguidos sin un solo día de interrupción: el argumento es tan interesante que aun sin la música se escucharía con gusto; el arreglo del Sr. Granés está escrito en buenos versos y contiene gran abundancia de chistes. – En el Eldorado se ha estrenado también con excelente éxito la zarzuela *La Revista*, letra de D. Miguel Echegaray y música del maestro Caballero.

Necrología. – Han allecido recientemente:

Cyrus Field, ingeniero norteamericano, célebre por haber sido el primero que tendió un cable telegráfico entre Europa y América.

El P. Luis Previti, de la Compañía de Jesús, predicador notabilísimo y autor de *Giordano Bruno y su tiempo*, *Decadencia del pensamiento italiano* y otras obras.

El cardenal D' Annibale; fué profesor de teología moral y escribió el *Commentarium in Constitutione Apostolicæ Sedis* y la *Summula Theologiæ Moralis*, que le conquistaron gran fama.

NUESTROS GRABADOS

Boria avall (la pena de azotes), cuadro de D. Francisco Galofre Oller (Salón Parés). – La última producción del joven pintor Sr. Galofre Oller ha tenido el privilegio de interesar, no sólo á los aficionados á las obras pictóricas, sino también á aquellos que entre el polvo de los archivos buscan las tradiciones y la historia de nuestro país. A los primeros ha sorprendido la inesperada obra del novel pintor; los segundos han hallado pretexto para contender y dar muestras de su erudición, prescindiendo de las cualidades que ha revelado el artista, fijándose únicamente en si era el alguacil ó el ayudante del verdugo el que leía las sentencias que dictaban los tribunales encargados de administrar justicia en nombre del cuarto de los Felipes.

Como primer empeño de un artista, la obra resulta altamente interesante y recomendable. Cierto es que tiene puntos vulnerables; pero el conjunto cautiva é interesa, por cuanto tiene, á pesar de retrotraerse á hechos de ya lejanas épocas, de sabor local. El público numeroso que acudió durante algunos días al Salón Parés, vió en el fondo de la que pudiéramos llamar decoración, uno de los rincones más típicos de nuestra ciudad, y en la representación de la pena de azotes, el origen de una locución catalana, único recuerdo que por fortuna nos queda de aquellas flagelaciones y de aquellos tiempos.

***

La hija del colono, cuadro de D. Román Ribera. – Quien haya visto las *demi-mondaines*, las *salidas de baile*, los *borrachos* y los *lansquenetes* y *flamencos*, que cobran forma en los lienzos de Ribera, las admirables y delicadísimas tonalidades de los tapices y ricas estofas, no adivinará ciertamente que *La hija del colono* sea obra del mismo artista y sea la misma la paleta que haya combinado las tintas del zagalejo de la joven campesina. Esta diferencia demuestra á cuánto llega la genialidad de este artista, el campeón de la pintura de género. Román Ribera, olvidándose por un momento de los primores que brotan de su brillante paleta, dando al olvido los tipos y recuerdos parisienses, que con tanto afán dispútanse los aficionados, tomó como modelo un tipo de nuestro país, una sencilla campesina. Y cuenta que si cada producción de Ribera señala un triunfo, las que ejecutara en este género especial podrían figurar dignamente á continuación de las obras á que debe su justa y celebrada nombradía.

***

Desafiando el sol, cuadro de C. Girón. – Todo el valor de los pocos años se necesita para exponerse en pleno verano á los rayos del sol en medio de un campo sin árbol alguno que temple los ardores de un mediodía canicular: los cuatro personajes del cuadro que reproducimos no llegan á juntar entre todos un cuarto de siglo, y esto explica la impavidez con que aguantan el fuego que sobre ellos cae. El notable pintor francés M. Girón ha sacado gran partido de esta escena, que cien veces hemos presenciado todos, consiguiendo en el lienzo un efecto de luz intensa y uniforme, cuyas dificultades sólo al verdadero talento es dado vencer, y presentándonos cuatro tipos infantiles deliciosos, bien sentidos y con gran maestría ejecutados.

***

Primavera de la vida, cuadro de V. Corcos. – En el número 478 de La Ilustración Artística publicamos otro cuadro de Corcos, *Mensaje de amor*, y á propósito del mismo dijimos cuánto se afana este pintor por apoderarse de los contornos y de los mórbidos relieves de las bellas formas femeninas. *Primavera de la vida* es una nueva prueba de lo que entonces consignamos: en medio de la sencillez que en la figura de la hermosa joven domina, adviértese una corrección, una pureza, una finura que exceden á toda ponderación y que sin salirse de la vida real imprimen en la pintura cierto sello de idealismo que nunca está de más en la obra de arte cuando por él no se altera la esencia de la verdad de la cosa representada.

***

Exposición de Bellas Artes, Agricultura é Industria en Santa Cruz de Tenerife. – Con motivo de los festejos celebrados durante el mes de mayo último en Santa Cruz de Tenerife y por iniciativa de la Sociedad de Amigos del País de esa ciudad, organizóse una notable Exposición que se celebró en los salones del edificio de la Academia de Música de Santa Cecilia. Muchas y muy notables fueron las instalaciones que la componían, figurando en ellas únicamente obras de hijos del país y productos de aquel suelo. El acto de la inauguración fué solemnísimo y brillante, y á él asistieron las autoridades superiores civiles y militares, las locales, los cónsules, representantes de todas las corporaciones y sociedades, de la prensa, del ejército y la marina, del comercio y de la industria. Nuestro grabado reproduce las ceremonias de la presentación del pendón de la conquista y de la inauguración y algunas de las más notables instalaciones que en la Exposión figuraron.

***

Descanso de una caravana en las puertas del Cairo, cuadro de Adolfo Meckel. – Sea para mejor defenderse de las agresiones nómadas que sólo de la rapiña viven, sea por cumplir con ello un precepto del Profeta, es lo cierto que los mahometanos rara vez viajan solos y por el contrario se juntan en numerosas comitivas ó caravanas. Una de éstas descansando en las puertas del Cairo está representada en el cuadro de Meckel, que por más de un concepto merece ser alabado; en él vemos admirablemente reproducidos los tipos árabes de las figuras, los animales, la llanura árida que se extiende alrededor de la ciudad egipcia y algunos edificios de ésta que sobresalen por encima de las murallas y entre los cuales destaca la mezquita de Kait-bey, obra construída en el siglo XV y recientemente restaurada, que es acaso el monumento más perfecto de la arquitectura árabe en Egipto. La composición es acertadísima y la pintura se ofrece á nuestros ojos llena de luz, de vida, de aire y de perspectiva y con primores de ejecución en sus detalles y en su armonioso conjunto.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Magdalena, con mucha viveza, según me pareció, se acercó á mi hermana, y besándola repetidas veces le dijo:

– No insistamos más, querida Juanita, pues veo que todo sería inútil; hija de marino, comprendo mejor que tú la negativa de tu hermano; y sus palabras, por otra parte, me tranquilizan. Esperaremos aquí en compañía de la señora Rochaux, puesto que tiene á bien ofrecernos hospitalidad, rogaremos á Dios por nuestros pobres ausentes, por Luis, que te será devuelto, segura estoy de



Rigault el contramaestre, inclinado sobre el bauprés, no separaba la vista del horizonte

ello, y por Pedro también, que debe correr tantos peligros... Seremos las primeras en recibir á los dos... Y cree que nuestros padres son más dignos de compasión que nosotras.

– Vamos, vaya usted, añadió, dirigiéndose á mí, y vuelva pronto; nos encontrará en el jardín, dispuestas á seguirle; únicamente pediremos que se nos permita acompañarle hasta el buque en la canoa del gobernador. No puede usted rehusarnos esto, porque con ello no se atrasará usted en lo más mínimo, y así hablaremos un poco más.

Me sorprendió que Magdalena, tan tenaz en sus resoluciones, se diese por vencida tan pronto.

¿Habría sorprendido al paso la señal de inteligencia que yo hice á la señora Rochaux, ó temía, en el fondo, embarcarse en la *Galatea* y hablar diariamente conmigo?

Yo también hubiera querido conversar largamente con Magdalena en aquella circunstancia, casi solemne, que nos reunía; me hubiera complacido saber si estaba casada ó no, y mientras estuvo hablando busqué inútilmente en su traje y en sus modales algún indicio que pudiera revelarme lo que tanto me interesaba. Nada pude deducir de la conversación, pues no se pronunció el nombre de Branges; y en cuanto al traje de luto era muy sencillo; los guantes ocultaban los dedos, que al parecer no llevaban ningún anillo.

La circunstancia de verla enlutada parecíame indicar que permanecía soltera; pero después reflexioné que aquello no significaba nada, y esforcéme por fijar el pensamiento en nuestros infelices náufragos, censurando mi olvido.

Sin embargo, la señora Rochaux, á quien había rogado en voz baja que no insistiese más, acababa de llamar á un criado, que se presentó muy pronto.

– Casambo, dijo al joven negro, conduce al señor comandante á la habitación del gobernador.

Mi conversación con el Sr. de Rochaux no fué de larga duración; le expliqué rápidamente lo que pensaba hacer, y le dí algunas indicaciones relativas á mi viaje para que le sirvieran de guía en la carta que debía escribir al ministro sobre este asunto. Después de esto despedíme de él muy pronto.

El gobernador se excusó en acompañarme hasta el Barachois, alegando que temía perturbarnos en nuestra intimidad y me estrechó las manos con el mayor afecto.

Me encaminé al jardín apresuradamente y allí encontré á Juana y á Magdalena preparadas para seguirme.

– Vamos, díjeles con verdadera alegría, porque deseaba llegar cuanto antes al desenlace, que, á pesar de todo, presentía que sería feliz; vamos, ya no falta más que ponerse en camino para llevar á cabo esta misión que proporcionará á todos tan viva alegría,... sobre todo á mí, añadí, mirando á Magdalena.

– Vamos, repitió tristemente mi hermana, luchando entre el deseo de verme marchar pronto y el de conservarme á su lado aún; pero vamos á pie.

– ¿Me permitirán ustedes acompañarles?, preguntó la señora de Rochaux.

– Sí, contestó Juana; es usted demasiado amable; venga con nosotros y así no estaremos tan solas á la vuelta.

En la primera parte del camino nada nos dijimos, como sucede siempre cuando se tiene demasiado que decir; pero muy pronto mi hermana y la señora de Rochaux acortaron el paso, y halléme solo con Magdalena.

– ¿Va usted á correr grandes peligros?, preguntóme rápidamente.

– No, contesté; el buque es sólido, la tripulación numerosa y se vencerán todos los obstáculos. En cuanto á Luis, se lo repito á usted sinceramente, está salvado, en mi concepto. Lo importante era saber en dónde se hallaba; averiguado esto, no falta más que ir á buscarle, y es muy sencillo...

Transcurrió una pausa y añadí:

– Lo que me admira es la conducta de mi hermana, y sobre todo la de usted. ¡Venir hasta aquí dos mujeres solas! Juana por lo menos, tiene por disculpa el naufragio de su esposo; pero usted... ha debido separarse del suyo...

– ¡Oh! No es más que prometido.

– ¿No se ha casado usted aún?, pregunté con tanta naturalidad como pude.

– No; esperaba á que terminase el luto por mi tía, y de pronto recibimos esta espantosa noticia.

Con bastante torpeza y sin darme cuenta de mis palabras á causa de la emoción que experimentaba, exclamé:

– El Sr. de Branges debe estar muy afligido.

Magdalena me miró un instante, y contestóme sencillamente estas dos palabras: «Yo también,» las cuales se podían interpretar en diversos sentidos.

Siguióse un breve silencio, que Magdalena interrumpió muy pronto dándome dos cartas.

– Son de mi padre, me dijo; una es para usted y la otra para Luis, si le encuentra; de lo contrario, me la devolverá.

En el mismo instante, ocurrióme una idea que picó vivamente mi curiosidad. La carta destinada á mí quemábame los dedos; no pude contenerme, y abríla.

– Si usted me lo permite,... dije á Magdalena.

La señorita de Nessey se inclinó.

Leí la carta rápidamente, y al punto experimenté indecible alegría, tal como no la había conocido hacía cuatro años. Mi primer impulso fué entregar la carta á Magdalena; pero la vi tan serena, tan fría, mirando con tal fijeza al mar, á cuya orilla nos acercábamos, comprendí tan bien que todos sus pensamientos eran para Luis y que su corazón había muerto para el amor, que me contuve... No, aquel no era el momento oportuno... Más tarde veríamos... tal vez...

Pero Juana y la señora de Rochaux nos alcanzaban; la canoa del gobernador y mi chalupa estaban dispuestas y en la rada balanceábase la *Galatea* cual si estuviera impaciente por marchar. Despedí á la ballenera y con Juana y Magdalena me embarqué en la canoa, pues la señora de Rochaux dijo que la esperaría en el Barachois, á fin de no importunar con su presencia nuestra despedida. La saludé, vivamente agradecido á su delicadeza, que había tenido ocasión de apreciar, y sabiendo que podía contar con ella mientras estuviese ausente para consolar y tranquilizar á mis bien amadas.

Juana y Magdalena no permanecieron largo tiempo á bordo. El buque estaba en pleno movimiento para la marcha, y á cada momento el segundo comandante, M. Pleber, me daba cuenta de las diversas fases de los preparativos.

– Comandante, la máquina está ya á punto de funcionar. El teniente pregunta si se pueden cerrar los portalones y sujetar la cadena al cabrestante.

A todo respondía yo: «¡Bien, que lo hagan y que despachen pronto!»

Deseaba abreviar aquellos últimos momentos, siempre tan penosos, y más aún en las tristes circunstancias que entonces nos reunían.

Habíamos hablado de nuestra madre, de los Sres. de Nessey y de Versailles; de Luis no se dijo una sola palabra, pero comprendíase que estaba en el fondo de nuestros pensamientos.

Juana quiso ver una carta marina, y en ella le indiqué con el dedo las islas adonde yo iba y en que su esposo se hallaba: eran como un punto perdido en el mapa... Juana permaneció largo tiempo inclinada, midiendo el espacio, con



En la rada balanceábase la *Galatea*

los ojos llenos de lágrimas y la vista fija en aquel pequeño punto, en una muda y dolorosa contemplación, que no quise perturbar. Magdalena miró con cierta curiosidad al principio y luego con indiferencia mi habitación, mi salita y todas mis dependencias, y sonrojóse al ver su fotografía, regalada en otro tiempo furtivamente, en un magnífico marco y en lugar preferente. Después fijó su

atención en mi diario, abierto aún sobre mi pupitre, y en la última página escrita, 18 de noviembre; sin duda cogió al paso alguna frase; pero aquellas líneas no decían nada de ella.

– ¿Qué cuaderno es ese?, preguntó. Parece una novela.

– Lo es, en efecto, contesté; y es histórica, se lo aseguro.

– ¿Cómo se titula?

– No tiene título..., pero si yo se le diera, la titularía *El fondo de un corazón.*

Magdalena sonrió, y con una expresión tristemente burlona, repuso:

– ¡Ah! El fondo de un corazón, el fondo de un corazón de un hombre... ¿no es verdad? Ya sé lo que es...

No pude menos de contestar con alguna viveza:

– Magdalena, ruego á usted que no hable así... Usted no sabe ni puede saber, se lo juro...

La señorita de Nessey fijó en mí una larga mirada; y después, como si su pensamiento distraído un instante se fijara de nuevo en su hermano, encogióse de hombros imperceptiblemente.

– ¡Bah!, repuso. No hay sentimiento formal más que la amistad, ni nada tan duradero como el afecto que profeso á mi pobre Luis, á Juana, á mi primo... y á usted.

– A todo el mundo, en fin, exclamé algo tranquilo y un poco jovial...

Después, sorprendido yo mismo de las palabras que acababa de pronunciar, mientras Magdalena me miraba de nuevo, añadí:

– Escuche usted, Magdalena; me había prometido callarme, porque el momento no es oportuno para una explicación, que en otro tiempo supo usted evitar y que yo no habría podido darle completa; pero ahora debo decir que su amistad es demasiado pesada para mí: cuando dos personas se han amado como nosotros, la indulgencia no es más que desdén, si no algo peor: ó se aborrece ó se ama siempre... ¡Usted me detesta!...

– ¿Yo?, exclamó Magdalena con un acento que hizo latir mi corazón deliciosamente.

Pero recobrando al punto su calma, la señorita de Nessey replicó:

– Cuando dos personas se han amado, es posible;... cuando han creído amarse, es diferente... Y este es el caso de usted... el nuestro... Ahora me ve al cabo de largos años, y se cree obligado á una declaración, que su conducta pasada desmiente;... porque eso es una declaración, ¿no es verdad?... Pero no, ni usted me ama á mí, ni yo le detesto... No se engañe otra vez... y no insista, yo se lo ruego: es inútil y no estaría bien, porque se podría perder lo mejor que aún queda en nuestros corazones de los recuerdos de otro tiempo: la amistad de la infancia, que por mi parte, yo se lo juro, es muy sincera...

– ¡En otro tiempo!... Si usted conociese la alternativa en que me hallaba, comprendería tal vez el extravío de nuestra última despedida... Yo estaba loco, Magdalena, y si fuí culpable, fué de haberla amado en demasía...

– El amor excesivo no hace culpable á nadie... Por eso mismo...

Y sonrojándose al evocar este recuerdo, interrumpióse para contestar al punto con más firmeza:

– Le ruego á usted que pongamos término á semejante conversación, sobre todo en este momento, ante ese mar, esa tumba tal vez, donde todos nuestros pensamientos reconcentrados deberían volar hacia Luis... Sin embargo, añadió después de una breve pausa y bajando la voz, una palabra más, la última, y que tenía empeño en decirle para que desapareciese toda nube entre nosotros... Puesto que la ocasión se presenta... Sí, es verdad, le he aborrecido;... pero después de su visita á Niza, sobre todo, me ha parecido ver en su conducta alguna cosa que no podía adivinar y que le excusaba á mis ojos... El hombre no ama como la mujer... y además, yo había sido muy culpable también y debí mostrarme menos severa... Por otra parte, basta avanzar un poco en la vida para echar de ver que muy pronto se pueden crear relaciones, contraer nuevos conocimientos; pero que las amistades de la infancia son las únicas verdaderas y durables... Entonces le perdoné, esto es lo que tenía empeño en decirle, y todo lo dí al olvido para no recordar sino el tiempo lejano en que me consideraba como una hermana y en que yo le amaba... como un hermano... ¿Me cree usted ahora? ¿No habrá producido el tiempo en usted el mismo efecto?... Vamos, déme la mano, porque esto me complacerá; pero le suplico que no pronuncie ni una sola palabra de amor, porque ya no creo en él...

Estuve á punto de exclamar: «¡Magdalena, usted me ama!»

Pero no, me hacía ilusiones; la señorita de Nessey era de aquellas que hubieran declarado altivamente su amor si hubiesen experimentado un sentimiento más vivo que aquel de que hablaba...

Todo en su actitud, serena y tranquila otra vez, decíame que era sincera, y mis ensueños de otro tiempo habían muerto ya.

Temí no encontrar más que cenizas al remover aquel pasado que yo amaba, y en el que tal vez quedaba aún, sin embargo, alguna chispa... Por lo demás, Magdalena tenía razón; todo debía borrarse ante el recuerdo de Luis, y no debíamos pensar entonces en nosotros.

Estreché la mano que me ofrecía, y repuse:

– Gracias, Magdalena. Si me ha perdonado, conservo una esperanza, á pesar de usted, pues tal vez conseguiré hacerle creer en la sinceridad de mi amor ahora, cuando Luis, á quien traeré aquí, se lo asegure él mismo.

– ¿Luis? ¿Qué quiere usted decir?

– Me ha recordado usted mi deber y mi deseo: es preciso marchar cuanto antes, pues un solo minuto es precioso, y no conviene perder ninguno. Vamos á buscar á Juana, y llévesela usted; yo se la confío porque usted es la más fuerte.

La señorita de Nessey pareció vacilar un instante; su boca se entreabrió como para pronunciar una palabra; pero después me siguió con resolución para reunirse con Juana, que parecía rezar en voz baja, con la vista fija en el lejano horizonte.

– El buque está á punto de marchar, dije á mi hermana con dulzura, besándola en la frente... Es preciso que vuelvas á tierra y me dejes partir, para que nos reunamos antes y esta vez todos.

Juana se irguió al punto sin verter una lágrima, pero con una sonrisa dolorosa que hacía temblar su labio; observó un instante mi rostro, al que yo trataba de comunicar una expresión tranquila, y después me estrechó largo tiempo entre sus brazos.

Magdalena me ofrecía por segunda vez su mano, y en ella deposité un respetuoso y tímido beso, que recibió sin emoción aparente.

– ¡Adiós, hasta muy pronto! He rogado tanto á Dios, que me escuchará, dignándose hacer un milagro en favor nuestro. ¡Que el Señor te proteja y también á todos!...

Después, dándome una fotografía, no sin besarla antes, añadió:

– ¡Su hijo!... ¡Para él!

Al separarse de mí, en el último minuto, me ha parecido que Magdalena estaba conmovida á pesar de todo: dos lágrimas se han deslizado de sus párpados, corriendo por sus mejillas, y ha vuelto la cabeza rápidamente.

A decir verdad, natural era que le hiciese llorar el recuerdo de su hermano. Pero ¿por qué ocultar sus lágrimas?...

«Un milagro,» ha dicho Juana: esa palabra que tantas veces he repetido hace cuatro años, me chocó. ¿No es ya milagro esa inesperada revelación del lugar donde se hallan nuestros queridos náufragos? ¿Habrá milagros aún?

***

A bordo de la Galatea, en el mar, 25 de noviembre de 1882

Hace ya cinco días que hemos salido de la isla de la Reunión; pienso que dentro de otros cinco habremos llegado...

Hasta aquí el mar ha sido clemente para nosotros, y he podido tomar una posición tal, que estoy seguro de alcanzar las islas Crozet sin mucha tardanza.

Hasta el 24 no sufrimos la primera tempestad; pero no fué muy fuerte ni de larga duración, pues pasó á las pocas horas.

Lo que la caracterizaba era la agitación de las olas, más bien que la fuerza de los vientos, y reconocíase bien que habíamos llegado á los vastos espacios que ninguna tierra protege... En efecto, estábamos más bajos que la punta Sud de Madagascar, habiendo pasado del paralelo del cabo de Buena Esperanza: á derecha é izquierda de nosotros, la misma inmensidad de agua que en la punta meridional de la América del Sud.

Por efecto de una repentina ráfaga del Sudoeste, muy pronto comenzamos á tener mar gruesa; la marejada abría anchos valles, que la altura de las espumosas olas preservaba del viento.

En aquellos valles líquidos veíanse petreles de plumaje pardusco y alciones que revoloteaban tranquilamente, como mariposas en una pradera, bañando en las olas con un movimiento oblicuo la extremidad de sus alas.

Con su hélice tremolante y produciendo resoplidos con su máquina, la *Galatea* franqueaba penosamente las cimas de las grandes olas, precipitándose después en las hondonadas en medio de espumosas blancuras.

En seguida formábanse otras olas más cortas, que avanzando con mayor rapidez contra la eterna marejada del Oeste, en líneas más compactas, chocaban contra ella, dividíanla y la obligaban á seguir otras direcciones, y después otras y otras.

Muy pronto el mar, de una transparencia verde en aquellos parajes, pareció coronado en todo el espacio que nuestra vista alcanzaba de innumerables crestas blancas que corrían, chocaban y confundíanse... Hubiérase creído que aquello era una ebullición submarina espantosa, cuyos glóbulos monstruosos se abrían como cráteres, estrellándose á lo largo del buque, saltando sobre sus costados y extendiéndose sobre el puente cual anchas sábanas líquidas, que se corrían de un lado á otro por los movimientos del buque.

A veces pasaban ráfagas más pesadas, que diseminando las crestas, elevábanlas y las dejaban caer de nuevo tamizadas, cual gotas de lluvia. Las jarcias vibrantes emitían sonidos lúgubres, como silbidos siniestros; y detrás, en la estela, los petreles parduscos y los alciones bañaban la extremidad de sus alas, contemplando con sus ojos redondos cómo el mar batía al gran coloso.

Las nubes de alisios, vaporosas, que atraviesan en pequeños grupos el cielo de los trópicos, demasiado monótono sin ellas, habían desaparecido desde la víspera; en el horizonte y alrededor de nosotros habíanse formado vapores más espesos, más toscos, más amarillentos, con aristas muy marcadas, como si hubiesen sido la tierra ó acaso ya montañas de nieve...

Pero muy pronto se ha moderado el viento, saltando al Oeste bruscamente.

Entonces se ha restablecido la calma en el mar, y las olas, largas y flojas, desviadas un instante, han proseguido su curso eterno. Algunas nubes de alisios han aparecido en el cielo como para darnos el último adiós, y después nos abandonaron definitivamente. En el horizonte nos rodea ese muro blanco, de color lechoso y formas recortadas, que es la bruma especial de aquellos parajes: parecen nubes rígidas é inmóviles por efecto del frío. En el cenit, de un color azul agrisado, el sol palidece.

Ya comienza á sentirse una impresión de soledad, de frío, de desolación, como si estuviéramos en un mundo expirante.

He mandado desplegar todas las velas, y á favor de éstas y del vapor penetramos cada vez más en el Sud, donde el frío es cada día más riguroso.

Los albatros han aparecido al primer golpe de viento; el primero que se presentó, de enormes dimensiones, me recordó el *rock*, el ave fantástica de las *Mil y una noches;* es la que los marineros llaman *Almirante*, porque en su plumaje de color agrisado tiene cerca de la espaldilla como dos estrellas blancas.

Ha venido á dar vueltas alrededor de nuestros mástiles, permaneciendo luego casi inmóvil por un aleteo imperceptible y mirándonos con curiosidad; después, orientando como velas sus alas articuladas, se ha dejado llevar por la brisa y le hemos perdido de vista muy pronto.

Ayer llegaron otros individuos de la misma especie en gran número, advertidos sin duda por el explorador que primero nos vió; siguen la estela del buque, dando la vuelta al mismo sin apresurarse, mezclados con los pequeños alciones y los petreles; otras aves casi tan grandes como los albatros, los *malamocs*, han venido á reunirse con este cortejo animando nuestra soledad.

Impelida por una fuerte brisa, deslízase la *Galatea* con rapidez y hiende las aguas furiosamente... Cogidos á las vergas, contemplamos con una alegría jamás satisfecha el agua que retrocede ante el buque con sordo rumor; quisiéramos apresurar nuestra marcha más aún, y á medida que nos acercamos al término tememos no conseguir el objeto.

***

Isla Hog, 1.° de diciembre de 1892 (archipiélago Marion y Crozet)

No debería desesperar en el momento en que apenas comienzan nuestras pesquisas, y sin embargo, no puedo desechar tristes presentimientos...

¿Será por la impresión que produce esa lúgubre isla, ó porque no veo realizadas mis previsiones? Yo hubiera jurado que si estaban en cualquier punto de ese archipiélago, en la isla de Hog es donde los encontraría; mas ahora estoy seguro de que no se hallan en ella... al menos vivos.

Esta mañana, después de sufrir un nuevo golpe de viento, evitando providencialmente los hielos que encontramos, hemos divisado al fin la tierra. ¡La tierra, en aquel océano que habíamos visto desierto durante tantos días! ¡Con qué emoción saludamos aquella tierra de las Crozet!

Se ha revelado á nosotros misteriosamente, como por fuerza, velada hasta el último instante.

La víspera, el sol, oculto obstinadamente hacía dos días por una espesa bruma, había brillado un momento; por la noche, el cielo se llenó de estrellas, y éstas nos permitieron determinar nuestra posición, calculando que á la mañana siguiente á eso de las ocho tocaríamos al fin en la isla de Hog. Aunque el cielo se mantenía claro delante de nosotros, por el Este elevábase de continuo el «muro blanco,» que parecía alejarse á medida que nos acercábamos.

Al fin pasó la noche; á las tres de la madrugada rayó el día, y á las cuatro hallábame ya sobre cubierta. Había enviado á los mástiles varios marineros de vista penetrante, á los que siguieron otros por su propia voluntad; y Rigault el contramaestre, inclinado sobre el bauprés, no separaba la vista del horizonte. Todos los oficiales se hallaban en la toldilla con sus anteojos en la mano... La *Galatea*, impelida por el oleaje y el viento, corría á toda vela inclinándose hasta rasar el agua.

Yo sabía que la isla Hog, que apenas cuenta doce kilómetros de longitud, tenía una altura de 600 metros: en tiempo claro como el que teníamos, debíamos divisarla cuatro ó cinco horas antes de llegar á ella; pero á las seis no habíamos visto nada aún.

Junto al buque se deslizaban espesas masas de fucos gigantescos arrancados sin duda de las islas del Príncipe Eduardo, que estaban detrás de nosotros; pero delante, nada; siempre el mar desierto y aquel mismo muro lejano...

Dieron las siete; nada todavía...

Algo inquieto, disminuí la celeridad, dando orden de recoger sucesivamente todas las velas á fin de navegar sólo con vapor. Poco á poco se produjo la calma, una calma relativa y rara en aquellos parajes: el mar se aplanó, y el muro blanco hacia la derecha parecía acercarse, mientras que en el cielo el sol palidecía...

A las ocho vimos pasar masas de fucos más compactas que antes, y aves extrañas, nada tímidas, especies de patos incapaces de volar lejos, y pájaros bobos que surgieron de repente.

Estas aves me pusieron en guardia, pues no debía estar lejos la tierra, por lo cual disminuí más aún la celeridad; el muro blanco se había alejado de nuevo ante nosotros, impelido por una ligera brisa, excepto á nuestra derecha, donde parecía tocarnos casi. Y mirándole bien desde la altura, levantando la cabeza, vimos como una montera negra, algo rugoso y sólido, sobre lo cual se cernían las nubes.

—¡Tierra á la vista por través, tierra muy alta!, gritó un gaviero desde el mástil.

En efecto, era la tierra; su cima se marcaba cada vez más; estaba muy cerca...

Entonces seguí avanzando con mucha lentitud hacia el Este, sondeando el fondo del mar; las profundidades eran considerables, y no me inspiraban la menor inquietud.

De repente surgieron bruscamente á nuestra izquierda doce grandes rocas, derechas las unas, inclinadas las otras, de formas extravagantes y plantadas en el mar á la manera de las piedras druídicas en Karnac.

Sobre su base, el mar detenido en su carrera, estrellábase furiosamente contra aquel obstáculo, produciendo sordos mugidos y cubriéndolas de espuma hasta la mitad de su altura. Aquellas rocas eran la isla de los Apóstoles: nos hallábamos en el canal que separa este grupo de la isla Hog. Muy pronto divisamos también esta última, pues solamente en su cara occidental hallábase velada por la bruma que el viento ahuyentaba y que se detenía en sus montañas. Por el Oriente, despejada ya, mostrábase entera en su horrible desnudez: pelada, rugosa, llena de asperezas, sin un árbol, sin verdura...

La emoción era profunda á bordo: algunos oficiales, ahuyentados de la toldilla por el frío de la mañana, habían vuelto á ella muy pronto; ni un solo marinero quedaba abajo; agrupados todos en el puente del buque, inclinábanse para mirar fijamente, siguiendo con ojo atento los menores detalles de aquella isla que parecía desfilar con lentitud ante nosotros.

En el lado á que llegábamos, preservado del viento por la tierra, teníamos mar serena, que sorprendida sin duda de ser tan pacífica, descargaba toda su furia contenida corriendo furiosamente por la playa, donde iba á morir en una triple serie de espumosas olas. Parecíame que por ninguna parte hubiera podido abordar allí una embarcación pequeña... Apenas quedaba libre un reducido espacio de playa, cubierto de gruesa arena negruzca, producto del desmoronamiento de los escarpados ribazos que parecían surgir de repente. En el interior, un cúmulo de conos, picos dentellados por las nieves, cráteres medio hundidos; colinas sombrías, de color rojo pardusco en su base, blancas en la cima y en sus vertientes; unos pocos valles encajonados, por donde se filtran arroyos, que vuelven á caer en el mar en forma de cascadas por encima de los ribazos; ni un solo árbol, ni arbusto, ni matorral; un poco de musgo, cuando más, y á veces alguna hierba en los espacios donde más toca el sol. En las orillas, una bahía donde se pueda resguardar un buque; solamente varias escotaduras formadas por las puntas que las aguas del mar han corroído y que muy pronto destruirán completamente.

Seguimos la ribera tan de cerca como es posible, es decir, á la distancia de quinientos ó seiscientos metros. En la popa de la *Galatea* se ha enarbolado la gran bandera de las ceremonias para que se pueda ver desde lejos.

Con la mayor atención escuchamos los más leves rumores...

Pero no se oye un solo grito ni llamamiento alguno.

En la playa se agitan pesadas moles: grandes focas y elefantes marinos nos miran con sorpresa, pero sin terror; levantan la cabeza un momento y vuelven á dormitar muy pronto, confundidos con las hembras, porque es el período del celo para estos animales.

En todas las pendientes se ven puntos grandes blancos, que á veces nos parecen hombres... Entonces detengo la marcha de la *Galatea;* miramos con ansiedad, y creemos ver brazos que se agitan y personas que corren...

¡Ay de mí! No son sino albatros, que toman impulso para hinchar sus alas y vienen á volar después sobre nuestras cabezas.

Comenzamos á desesperar; la isla es pequeña y hace ya dos horas que exploramos su contorno; si hubiese habitantes ya hubieran dado señales de vida...

Llegamos ahora ante un cabo redondeado por una doble protuberancia, cubierto de hierba muy corta, pero agradable á la vista: le bautizamos al punto, poniéndole por nombre «Cabo Verdoso,» y al doblarle vemos detrás, junto á un arroyo, una cabaña herméticamente cerrada. Es la «Casa de los víveres,» construída hace diez años por los marinos ingleses del buque *Comus.*

¡Ni en la playa ni en el umbral de la caseta se veía un alma!...

Entonces acosáronme negros presentimientos...

Si se hallaban los náufragos en aquel archipiélago, aquí debería encontrarlos; no me es posible desechar esta idea.

Voy á proseguir la exploración y después anclaré delante de esta cabaña, tan cerca como me sea posible, sin exponer mi buque á grandes riesgos... Después iré á tierra, buscaré... y no estaré seguro hasta que haya abierto la puerta de esa cabaña... ¿Quién sabe qué espectáculo me espera?...

Había llegado á la punta Sud, que una roca desprendida prolonga á manera de centinela avanzado, cuando de repente sobrevino la bruma. Llegaba por el Oeste, después de franquear las gargantas de las colinas, en forma de largos filamentos desgarrados, que uniéndose rápidamente descendían hasta la orilla del mar como velos de gasa, que otros iban á cubrir de continuo... Muy pronto la obscuridad sería profunda y tan sólo tuve tiempo para acercarme otra vez á la «Casa de los víveres,» mientras la distinguía aún, y anclar apresuradamente en plena costa, casi en plena mar...

Las gasas se espesaban, cubríanse unas á otras, y bajando de las alturas acumulábanse en los valles, en la playa, en el mar, hasta que al fin nos rodearon. Entonces los curiosos abandonaron el puente de la *Galatea*, y reinó el más absoluto silencio, así en el buque como á su alrededor; silencio lúgubre, turbado tan sólo por el rumor monótono de las olas al estrellarse contra las rocas...

Ha llegado la noche sin que fuera posible enviar una embarcación á tierra. En el momento en que el sol iba á ponerse, se desencadenó bruscamente el viento, y rasgando la niebla, arrastróla consigo... Entonces todas las islas del archipiélago se nos aparecieron á la vez, bajo la radiación del sol poniente; los Apóstoles al Norte, los Pingüinos al Sud; por el Este, muy lejos, las cimas de la gran isla de la Posesión, confundidas con las de la isla del Este, sobre la cual se proyectaba, y muy cerca de nosotros la isla Hog, cuyos menores detalles distinguíamos.

El espectáculo no ha sido de larga duración; las otras islas han quedado ocultas muy pronto, continuando visible tan sólo la que tenemos próxima, la de Hog, como si renunciara á ocultarse ahora que la tenemos bajo nuestro dominio.

Mañana á primera hora apenas raye el día, si es posible abordar iré á tierra...

Confieso que apenas pienso ya en Juana y Magdalena, ni en esa carta del Sr. de Nessey que tanta alegría me causó, ni en mi madre, ni en nada, ni aun en Luis particularmente. Le confundo con los otros náufragos;... hay trece hombres que ocupan igualmente todos mis pensamientos, y no habrá verdadera alegría para mí hasta que los haya encontrado.



Isla Hog (archipiélago Marion y Crozet), 2 *de diciembre de* 1882

Durante la noche y esta mañana ha soplado un viento tempestuoso; de modo que hubiera sido una locura empeñarse en desembarcar... Bastante hemos tenido que hacer para asegurar nuestro buque... No pudiendo ponerme en comunicación con tierra, he mandado disparar un cañonazo de cuarto en cuarto de hora, por si acaso los náufragos han emprendido una excursión al interior.

A mediodía ha mejorado el tiempo; y en una lancha tripulada por mis mejores marineros me he dirigido hacia la playa, acompañado de dos oficiales, los Sres. Blanc y Coignet. Allí hemos descubierto un ángulo donde el mar, detenido por las rocas y las masas de fucos, permitía abordar sin gran riesgo. Algunos elefantes marinos, impotentes en tierra, nos han enseñado los dientes, gruñendo á nuestro paso; pero sin hacer caso de ellos nos hemos precipitado hacia la caseta, situada en una pequeña altura... La puerta estaba en la parte de atrás, abierta, destrozada; en el interior vimos cajas rotas, todas vacías; pieles



Con Juana y Magdalena me embarqué en la canoa

de foca colgadas de clavos; en un rincón, plumones de albatros esparcidos por el suelo; en medio del recinto, dos piedras ennegrecidas por el fuego, y alrededor una especie de escudillas formadas por una concha sujeta á un hueso de ave...

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS PÁJAROS CANTORES MECÁNICOS

En nuestros anteriores artículos sobre los autómatas (1) hemos citado ya aquellos que representan pájaros y que imitan, no sólo los movimientos, sino

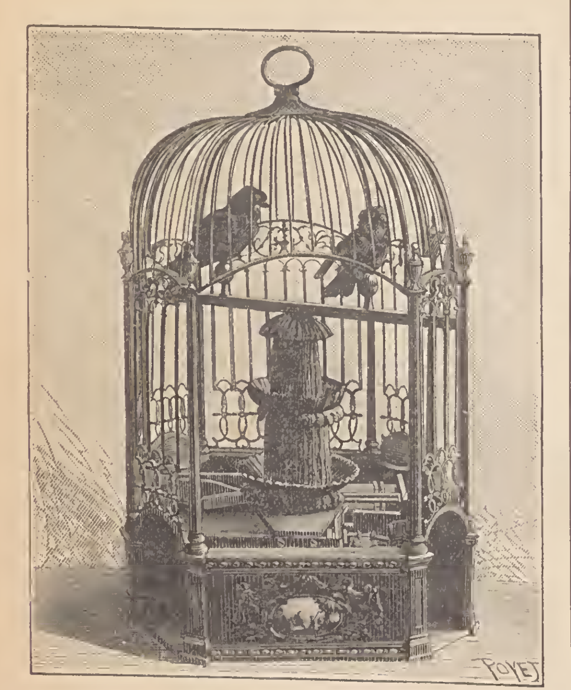


Fig. 1. Pájaros cantores mecánicos del siglo XVIII

que también el canto peculiar de cada uno de estos animalitos. Hoy vamos á describirlos, debiendo empezar por consignar que una gran parte de las explicaciones que daremos las debemos á la amabilidad de M. Bontems, hijo y continuador de M. Blas Bontems, inventor de casi todos los perfeccionamientos que sucesivamente se han ido introduciendo en esos ingeniosos mecanismos.

Los primeros pájaros automáticos datan de muy antiguo, y de ellos existe un notable ejemplar en el Conservatorio de Artes y Oficios de París; la fig. 1 representa dos de estos pájaros cantores del siglo pasado, que están encerrados en una jaula, en cuya base está contenido el mecanismo.

Hoy la construcción de pájaros cantores automáticos ha alcanzado un alto grado de perfección.

Hablemos primero del aspecto externo de esos pequeños autómatas y del modo como se presentan. A primera vista, el pájaro que luego nos dejará oir sus hermosos trinos se parece exactamente al pájaro verdadero, de cuyas plumas se cubre, ora represente un sencillo ruiseñor, ora se adorne con el brillante plumaje del ave del paraíso. En punto á modelado y á naturalidad, no puede pedirse más al arte del naturalista preparador: las actitudes de cada especie han sido cuidadosamente estudiadas y nada dejan que desear aun á los ojos del ornitólogo más meticuloso. Algunos de estos pájaros van encerrados en una jaula ó están colocados sobre una rama; otros, puestos en un árbol, saltan de rama en rama, sin que pueda verse la pequeña varilla, montada sobre un vástago y oculta entre las hojas, que los hace mover de un lado á otro; otros pueden ser colocados encima de un mueble (fig. 2) ó en el centro de un cesto de flores. Los hay también (en este caso han de ser pájaros moscas) que van ocultos en una caja para rapé (fig. 4) y que al abrirse la tapa de ésta aparecen de repente y se ponen á cantar, desapareciendo y cerrándose la caja por sí misma en cuanto el canto ha terminado. Las cajas de rapé en que están encerrados tienen todos los adornos que se quiera, nieles, dibujos japoneses en plata ó en oro, cincelados, repujados, incrustaciones, pinturas, etc. Todos los estilos de ornamentación han sido utilizados en ellas, pero muy especialmente el Luis XV y Luis XVI en plata dorada.

Otro modelo muy ingenioso es el que presentamos en forma de pistola (fig. 3); apuntando el arma y oprimiendo el gatillo, el pájaro que permanecía dentro del cañón sale, canta y vuelve á meterse en él.

Los primeros pájaros cantores que se fabricaron sólo movían el pico y fingían cantar ó dejaban oir una pieza cualquiera, merced á un organillo ó caja de música, y como no los había más perfeccionados, la gente se contentaba con ellos, aunque á la verdad no producían ilusión alguna. De la época de Luis XV existen varios ejemplares de este género.

El invento de los verdaderos pájaros cantores y los perfeccionamientos que en ellos ha ido introduciendo M. Bontems han consistido en reemplazar la caja de música por el verdadero canto de los pájaros y en dar á éstos una apariencia completa de vida, habiéndose llegado á reproducir el canto de todos los pájaros, lo cual nos ha permitido oir á todos los artistas alados con el repertorio propio de cada uno de ellos: el ruiseñor, el mirlo, el pinzón, el canario, la curuja, la alondra, el jilguero, el bubrelo, y los exóticos como el tangara, el septicolor, el guit-guit, el ignicolor y otros.

Vamos á explicar el principio del mecanismo con que se ha logrado reproducir las modulaciones del canto de los pájaros, debiendo observar que para todos estos el mecanismo es siempre igual.

La fig. 5 representa el conjunto del aparato en sus partes principales. El motor ó movimiento de relojería, que consiste especialmente en un muelle encerrado en un tambor, está colocado en M y es el mismo motor que sirve para los autómatas en general: pone en movimiento un eje A que tiene, como en los otros autómatas, una estrella ó excéntrico B que comunica por medio de las palancas D y las varitas HH el movimiento al pájaro. Estas varitas hacen girar la cabeza, abrir el pico, mover la cola, batir las alas, movimientos todos que no se producen al azar durante el canto, sino que están combinados con los trinos que en el mismo instante emite el pájaro. Estos trinos se obtienen del modo siguiente: la misma varita ó eje que mueve la estrella hace al propio tiempo rodar dos ruedas acopladas C que irregularmente dentadas accionan con sus dientes, cuyas longitudes están debidamente calculadas, el pistón ó silbato núm. 3 por medio de la varita G y el regulador del fuelle F por medio de la varita E, de modo que cuanto más largos son los dientes que pasan más tiempo permamece abierta la válvula ó en acción el fuelle núm. 2: el movimiento de los dientes se transmite á las varitas G y E detrás del sustentáculo S.

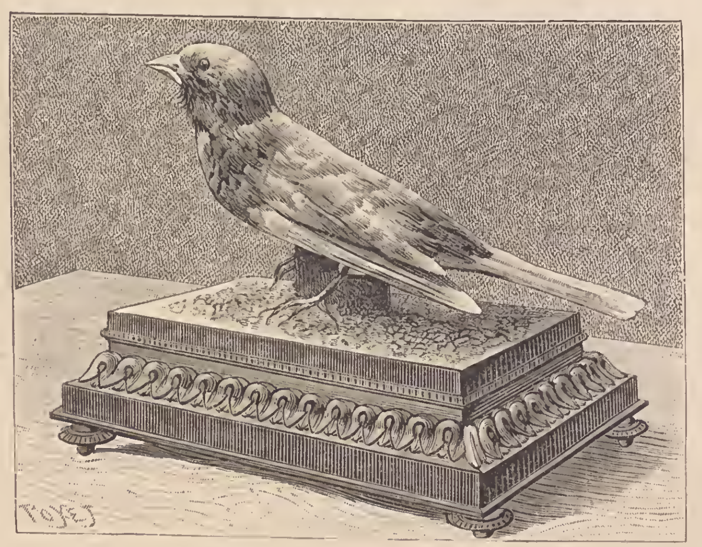


Fig. 2. Pájaro cantor mecánico, de construcción moderna

Ya se comprenderá por lo dicho que el canto del pájaro puede variar mientras las dos ruedas C no han dado la vuelta completa, y que una vez realizada ésta, vuelve á empezar. En estos aparatos se ha introducido un perfeccionamiento, que consiste en colocar en el mismo eje en vez de un par de ruedas tres pares, puestas de modo que cuando un par ha terminado su cometido, ocupa su lugar el par siguiente por la acción de una rueda de disparador.

Para completar esta explicación, diremos que la intermitencia en el canto se produce por medio de la palanca P que obra sobre el fuelle.

El aparato que dejamos descrito es el mismo para todos los pájaros: más ó menos grande, más ó menos fuerte, colocado en un sentido ó en otro, según el espacio que queda libre en la pieza mecánica: el principio en que el mecanismo descansa no varía nunca. En cada pájaro, sobre todo cuando se trata de crear un nuevo canto, el punto delicado del ajuste es el silbato, ayudado por el fuelle y por el pistón que imprimirá al canto su verdadero carácter y lo modulará para que resulte rápido, lento, agudo ó grave: el silbato, como se comprenderá, puede ser de distintas dimensiones y tener un escape de aire más ó menos rápido, causas todas que modificarán sus efectos.



Fig. 3. Pájaro cantor mecánico que sale de una pistola

Hemos dicho que en las cajas para rapé, pistolas y otros pequeños objetos, en los cuales se ha conseguido encerrar un pajarillo cantor con su mecanismo, la salida del pájaro y el canto del mismo se consiguen con sólo abrir aquéllos, porque en tales casos no se trata de producir ilusión, sino más bien asombro. En los demás pájaros, siempre visibles, basta oprimir un gatillo colocado detrás de la caja M para que la máquina se ponga en movimiento ó se pare.

Ya se comprenderá que este gatillo no produce su efecto sino después de haberse dado cuerda al aparato.

El pequeño cantor mecánico, cuyo plumaje nada deja que desear, colocado en su jaula ó en una cesta de flores, produce la ilusión completa de la realidad.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

***

CREACIÓN DE ESTACIONES METEOROLÓGICAS OCEÁNICAS

El príncipe de Mónaco ha manifestado á la Academia de Ciencias de París su intención de promover la reunión de un congreso meteorológico, compuesto de delegados de las naciones más interesadas en las cuestiones marítimas, con el objeto de determinar la marcha de las observaciones meteorológicas que han de hacerse en diversas estaciones meteorológicas que se crearán en las Azores, en las islas de Cabo Verde, en las Bermudas y aun en las Canarias y en Madera. Estas observaciones permitirían de fijo fundar la predicción de las tempestades en documentos bastante extensos, y dar así á este importante servicio una exactitud que hasta ahora no ha tenido. Las Azores no están aún en comunicación con ningún continente, pero esta laguna habrá desaparecido el año que viene, siendo desde enton-



Fig. 4 Pájaro cantor mecánico en una caja para rapé

(1) Véanse los números 505 y 517.

ces posible conocer en cualquier momento la marcha de las perturbaciones atmosféricas que se desarrollen en el Atlántico por medio de telegramas expedidos de Cabo Verde, de las Antillas, de las Bermudas y de las Azores. En efecto, las islas de Cabo Verde están situadas no lejos de la región donde nacen la mayor parte de los grandes ciclones que pasan por la América del Norte y que desviándose luego hacia el Este llegan á las costas de Europa. Las islas Bermudas se encuentran igualmente en situación muy ventajosa, desde el punto de vista de nuestro continente, porque puede afirmarse que la mayor parte de las perturbaciones cuyo centro ha pasado por las cercanías de dichas islas afectan á Europa. Finalmente, las Azores, que por su posición están casi en el centro de las curvas trazadas por el movimiento de las giraciones atmosféricas del Atlántico, se imponen como tercer centro. El príncipe de Mónaco propone utilizar el monte Pico, cuya altura sobre el nivel del mar es de 2.222 metros, para instalar en él una estación que proporcionaría indicaciones preciosas sobre la circulación de las capas superiores de la atmósfera. El Observatorio de Mónaco se encargaría, bajo la dirección de M. Gueirard, de centralizar todas estas observaciones oceánicas y de deducir de ellas las predicciones oportunas, aunque todo hace suponer que no se limitaría á esto solo el concurso de aquel principado.

(De *La Nature*)

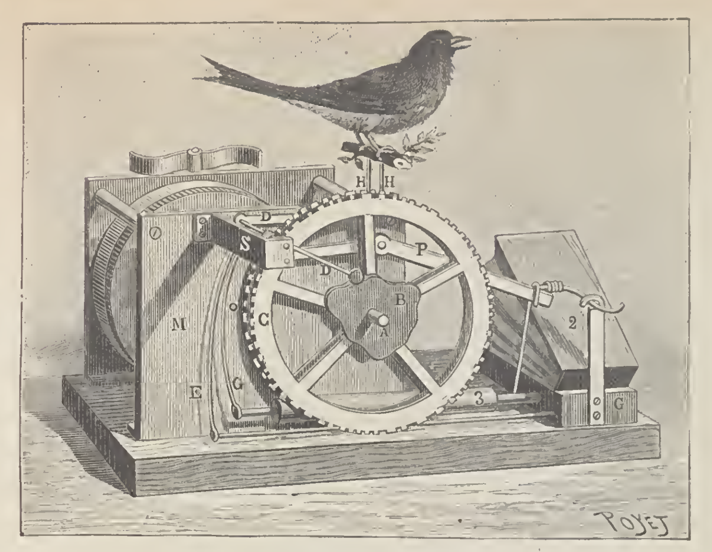


Fig. 5. Mecanismo de un pájaro cantor

LA FLORA EUROPEA

El número de especies de flores cultivadas en Europa es de 4.200: de éstas 400 desprenden un perfume agradable; en cambio muchísimas más desprenden mal olor cuando se frotan las flores ó las hojas. Desde el punto de vista del color 1.124 especies producen flores blancas, 828 flores encarnadas, 594 flores azules, 308 flores moradas y 230 flores multicolores. De modo que el color blanco es el que predomina en las flores de nuestros cultivos.

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

LOS CUATRO SOLES, poema por *Cecilio A. Robelo*.—La cosmogonía nahoa, de los primitivos habitantes de México, ha inspirado al reputado escritor mexicano un bellísimo poema, escrito en armoniosos versos libres, lleno de poesía, como todo lo que los pueblos naturales concibieron para explicarse la formación del universo, y completado con notas interesantes que facilitan la inteligencia del argumento y amplían los conceptos que las exigencias poéticas impiden detallar en el cuerpo de la composición. Este poema, dedicado al Congreso de Americanistas que ha de celebrarse en España en 1892, ha sido publicado por el impresor Luis G. Miranda, de Cuernavaca (México).

UN VIAJE POR LEVANTE, conferencia política por *D. Rafael María Labra*. – Infatigable propagandista de las ideas democráticas, elocuente orador, ilustre jurisconsulto, sabio y concienzudo escritor, cuanto pronuncian los labios ó escribe la pluma del Sr. Labra tiene gran interés para los que atentos siguen el movimiento político y literario de nuestra patria. Tiénelo por consiguiente, y no escaso, el discurso que hace poco pronunció en el Círculo republicano centralista de Madrid, y en el cual, al par que da cuenta de su última excursión por las provincias de Levante, expone con su elocuencia y profundidad de ideas acostumbradas consideraciones muy meditadas sobre los más importantes problemas políticos y sociales contemporáneos.



DESCANSO DE UNA CARAVANA EN LAS PUERTAS DEL CAIRO, cuadro de Adolfo Meckel

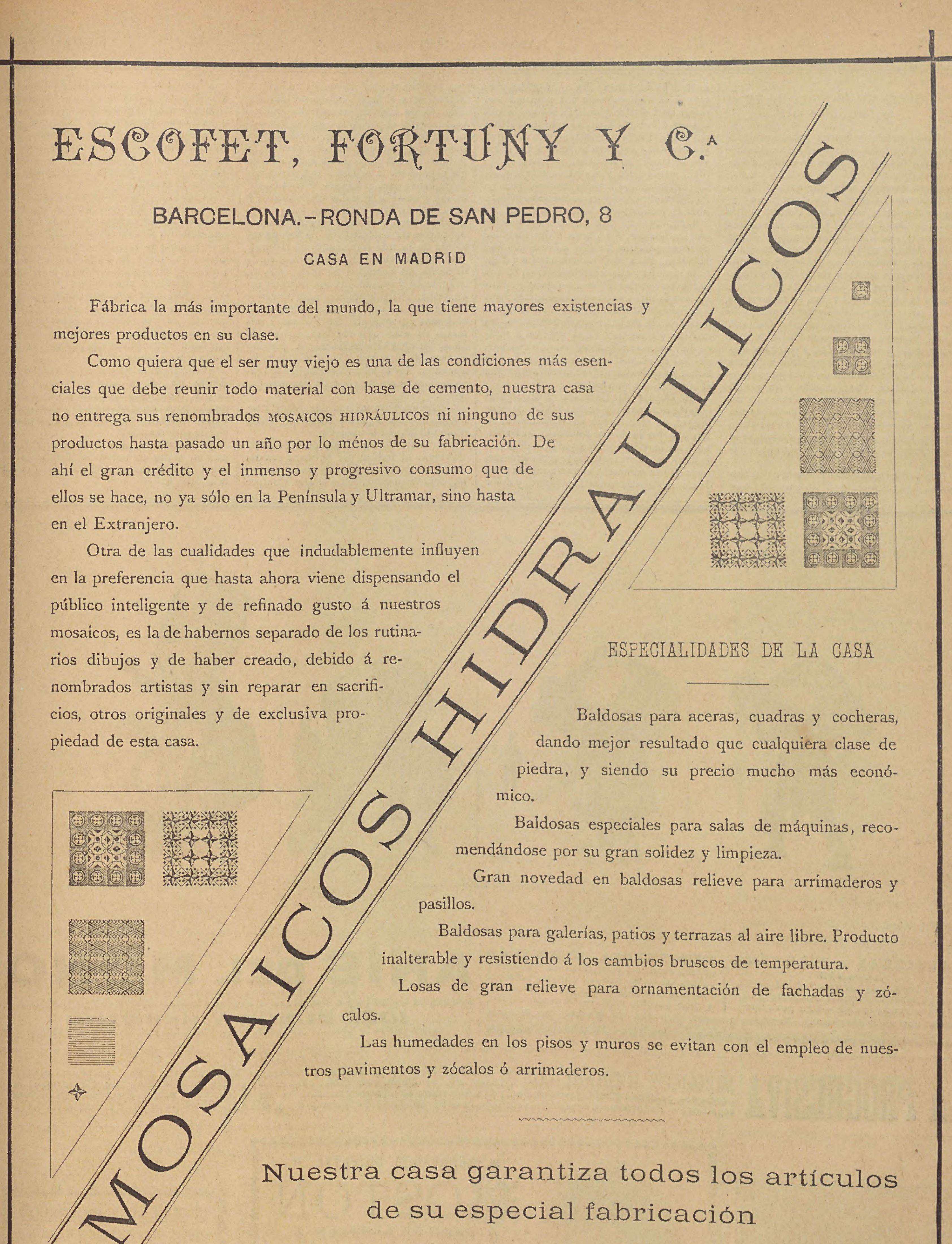
CUATRO TIROS, por *Eugenio Sedano y González*. – Este episodio á vuela pluma, como le califica su autor, es una interesante y sentida narración corta que constituye una justa censura contra ciertas leyes terribles del código militar. De él se ha hecho una tirada de sólo 200 ejemplares, que han sido publicados en Sevilla.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1892 — NÚM. 553



ESCOFET, FORTUNY Y C.ᴬ

BARCELONA.-RONDA DE SAN PEDRO, 8

CASA EN MADRID

Fábrica la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo ménos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otra de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

Dirección telegráfica para Barcelona y Madrid.—FORTESCO.

¡OH, NO ME TOQUES! ¡NO TE ACERQUES Á MÍ

Estas palabras fueron pronunciadas á gritos, á aullidos casi. No obstante, el niño á quien fueron dirigidas no estaba á menos de diez pies del que gritaba y no se hubiera acercado más por todo el dinero del mundo. La escena pasaba en un espacioso despacho en Nueva York y el que gritaba era el jefe del mismo. El negocio era suyo, era hombre muy rico y sujeto muy decente, sólo que de cuando en cuando solía prorrumpir en gritos de esta índole, como si acabase de descubrir fuego en una fábrica de pólvora. Podía oírsele desde la planta baja hasta el techo de la casa. ¿Qué le aquejaba? ¿Eran ímpetus de demencia? No, cabalmente, sino algo tan malo. Padecía de un agudo ataque de gota en el dedo gordo del pie, y durante esas crisis solemnes no le era posible soportar ni aun la vista de una sombra que se moviera hacia él. Pregúntesele á un gotoso y él dirá lo que siente. Figúrate que un herrero te tuerza el dedo gordo del pie con pinzas calientes mientras que un zapatero te está hincando una lezna á través de la coyuntura de la rodilla. He aquí algo parecido.

Ahora bien; hay cosas que no son tan malas como la gota que, sin embargo, nos irritan lo bastante. He aquí un hombre que dice: «Ahora todo era para mí una calamidad.» ¿Por qué debía hablar de esta manera? ¿Por qué todo ha sido para él una calamidad? Hay un adagio que dice que mientras no podemos impedir á los cuervos el volar por los aires, podemos impedirles que hagan nido en nuestros cabellos. Esto se llama buen sentido. Pero es fácil dar consejos y citar adagios. ¿Cómo obra la persona que sufre de granos?

La fuente de toda sensibilidad y dolor son los nervios. Una hora ó dos de dolor de muelas es una lección sobre el sistema nervioso. Pero hay enfermedades (ó en todo caso hay una enfermedad) en la que todos los nervios del cuerpo parecen punzar á cada objeto que se presenta á la vista ó á cada sonido. La mente se halla alerta para todo lo malo, el hombre se encuentra abatido y temeroso. Cada palabra significa daño y cada arbusto esconde un enemigo. Así lo cree él. Este no ignora lo que Salomón quiso significar cuando dijo que el cigarrón era una carga.

Mr. Miguel Mac Cormack es un mensajero de caminos de hierro y vive en Mullingar, en el condado de Westmeath, en Irlanda. En junio de 1890 cayó enfermo. La boca le dejaba cierto paladar desagradable y *cobrizo;* el estómago agrio é inerte, y cuando se esforzaba en tomar algún poco de alimento, era tanta la angustia y dolor que experimentaba, que sentía no haberse abstenido de él prefiriendo pasar hambre. Además de esto experimentaba dolores errantes por el pecho, la espalda, los costados, que le hacían sufrir, dándole mordiscos aquí y allá cual huraños perros que pululan por las calles de un pueblo. Padecía vahidos en la cabeza y se hallaba imposibilitado para el trabajo. Toda su aspiración y energía le había abandonado, y apenas le hubiera interesado tampoco el que le hubieran elevado repentinamente del puesto de mensajero al de jefe de estación de la más importante de la línea.

«Transcurrido algún tiempo, continúa diciendo, me acometió en la espalda un dolor lento y pesado que me impedía inclinarme. No hallo palabras para describir lo que sufrí á causa de esto y de los demás síntomas en conjunto. Sufrí durante seis meses de esto, que me parecieron seis años. En tales circunstancias la persona toma medicinas: todas las que se le recomiendan. Así lo hice yo sin hallar ninguna mejora, y me sentía cada vez más endeble.

»Todo era para mí una calamidad; y no me era posible soportar cosas que antes no me llamaban la atención.

»En diciembre de 1890, poco antes de Navidad, oí hablar por primera vez del *Jarabe de la Madre Seigel* y de lo que había obrado en casos como el mío. Compré una botella en los almacenes de drogas de Mr. Roger, y antes de haberla consumido toda me sentí admirablemente mejor, y habiendo continuado con él por un poco de tiempo, me hallé en estado de poder atender á mis ocupaciones como nunca en mi vida.» Estos hechos están comprobados por el Sr. H. Rogers, comisionado del pueblo de Mullingar.

Ahora bien; ¿qué pudo hacer tan sensibles los nervios del mensajero Sr. Mac Cormack, haciéndole pasar una vida tan mísera durante seis meses? La indigestión y la dispepsia; la misma detestable enfermedad que juega la misma mala partida á millones de otros hombres y mujeres de todas suertes y condiciones. Muchos de ellos leerán esta relación sencilla y verídica, y es nuestra opinión—basada en las mejores pruebas—que si ensayan el remedio que curó á Mac Cornack, sanarán con tan buen éxito como él; pero cuanto antes sea posible tanto mejor.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, número 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.






La codicia rompe el saco.

Imp. de Montaner y Simón